

CAMOATI



LECTURAS PARA
SEGUNDO GRADO

Precio de venta: \$ 0.75

LILIA LACOSTE

LL
1926
LAC

8 A 10
-
61



00001145

CAMOATÍ

LILIA LACOSTE

DOCTORA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
MAESTRA EN LAS ESCUELAS DE LA CAPITAL FEDERAL
BIBLIOTECARIA EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

O.R.

C. N. de E.

24428

CAMOATÍ

Sección Infantil

LECTURAS PARA
SEGUNDO GRADO

APROBADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



BUENOS AIRES

ISELY y Cía. EDITORES — Rio Bamba 761

1 9 2 6

105x175
Biblioteca Nacional de Maestros

R. D.
S. J. H. C.

224#2



Camoatí

(A los niños)

Camoatí es una palabra del idioma guaraní que significa: “avispas reunidas amigablemente”.

Los camoatíes son abejitas silvestres, que habitan las márgenes del río Paraná. Son sabias y habilidosas; humildes y virtuosas. Valientes si las atacan, son inofensivas para el hombre que no las provoca. Viven en paz y producen dorada miel, perfumada y sabrosa.

A los niños, los pequeños camoatíes de la colmena que se llama escuela, dedico este libro, deseando que al igual de las abejitas de nuestras “islas”, realicen una obra perfecta.

L. L.

Ejercicios preparatorios

I.

Dra: dre: dri:

Madre — padre — padrino — madrina —
drama.

El niño pasea con la madre.

El padrino y la madrina van a visitar a
su ahijado.

Ví un drama muy lindo.

II

Fra: tra: bra: cra:

Fragua — azufre — triste — trébol —
bramante — brazo — brillo — frota — cri-
men — crema — cromo.

Raúl frota el vidrio con un trozo de azu-
fre.

Brilla el hierro en la fragua.

De acuerdo con las necesidades del grado, el maestro
podrá aumentar estos ejercicios.

III

Antes de p y b se escribe m:

Membrillo — sombrero — sombra — sombrilla — hambre — mimbres — lumbre — bomba — bombilla — zumbido — zambullir — embudo.

Pampa — pampero — amparo — lámpara — imprenta — emperador — ampolla — empobrecer — trompeta — imperio.

Amparo teje una cesta de mimbres.

IV

Gue: gui:

Guerra — guerrero — guerrear — aguerrido — guerrillero — Guillermo — guinda — guía — guitarra — guiso — higuera.

Guillermo se trepa a una higuera.

Delia come un guiso de arroz.

V

C - sonido fuerte:

Clero — crimen — crudo — clavo — esclavo — acróbata — clavel — clavar — cliente.

Acto — afecto — insecto — dirección —
inspector — construcción — acción — coñac
— zinc. .

El acróbata hace pruebas en el trapecio.
Busco un insecto para mi colección.

VI

Que: qui:

Quemo — quiero — quieto — quinto —
quita — quinta — querer — quiebro — queji-
do — quebrado — querido — queso — qui-
chua — quijada.

Voy a comprar queso Catriel.

No quiero quemar ese trozo de quebracho.

VII

Ap: af: ad: at: ac:

Apto — aptitud — óptimo — optimista
— aftosa — nafta — naftalina — administrar
— adversario — adverbio — advertencia —
adquirir — atmósfera — atmosférico — acti-
vo — accidente — actual — occidente — ac-
titud.

El aire que nos rodea, se llama atmósfera.
Obdulia echa naftalina en el ropero.

VIII

Ex: xi:

Excelente — excluir — exclamó — explorar — extranjero — extraño — explicar — exposición — extremo — exterior — extracto — extraordinario.

Máxima — asfixia — maxilar — auxilio — máximo.

Máximo pide auxilio a su hermano.

Este dulce es excelente.

IX

Güe: güi:

Cigüeña — vergüenza — agüita — lengüeta — paragüita — yegüerizo — enagüita — pingüino — lengüetada.

¿No tienes vergüenza de lastimar a esa cigüeña?

Rosaura se pone una enagüita rosa.

X

Ins:

Inspiración — instante — instruir — inspirar — instinto — institutriz — inspección — instrucción.

En un instante, Roberto inspeccionó el jardín.

Para progresar, hay que instruirse.





El primer día de clase

Hoy lunes, comenzaron las clases.

La escuela estaba llena de niños; todos conversaban y reían. Se saludaban y se recordaban.

—¿Cómo te va, Carlitos? ¡Hola, Nicolás!
¿Qué tal?

Sonó la campana y se hizo un silencio perfecto.

Nos formaron por orden de estatura.

Mi compañero se llama Jorge.

Mi maestra parece muy buena, pero no sé cómo se llama.



A. B. C. D.

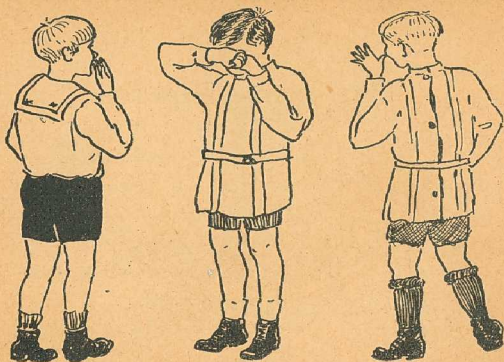
Todos los niños dicen en coro:

A. B. C. D.

La cartilla se me fué
a la calle Santa Fe.

No me pegue, don José,
que mañana le traeré
una taza de café,
con un pan francés,
a, b, c, d,
con un pan francés.

Coro: hablar o cantar muchos a la vez.



El llorón

Es el primer año que concurre a la escuela.

La madre lo acompaña hasta la puerta.

Cuando ella se va, llora y patalea. ¡No quiero! ¡No quiero!... ¡Mamita!

La maestra va hasta la puerta y lo hace entrar; él entonces le dice: Hoy no me quedo; mañana sí.

Todos los días se repite la misma escena, y por eso nosotros lo llamamos el “llorón”.

Mi compañero



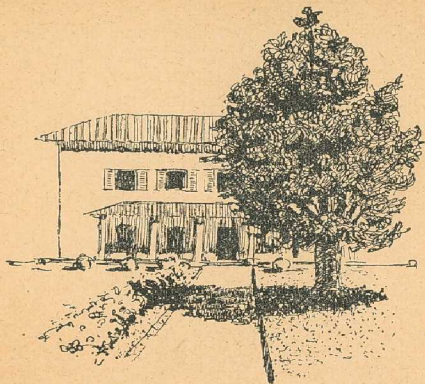
Mi compañero se llama Jorge Araujo.

Es trigueño. Tiene ojos oscuros y suaves.

Viste un guardapolvo blanco y usa una corbata negra, porque está de luto por su mamá.

Tiene seis hermanitos: cuatro mujeres y dos varones. El es el mayor y hace la comida para todos.

De tarde va a la escuela, y a pesar de todas sus ocupaciones, es el alumno más estudioso y aplicado.



La escuela

En mi escuela hay muchos alumnos.
Dice mamá que son mis condiscípulos.
Hay un director y varios maestros y maestras.

La escuela tiene dos patios, un corredor, un salón de canto, varios salones de clase—la señorita dice que también se llaman aulas—y una dirección.

Mi escuela tiene un pequeño jardín con dos arriates; y en cada arriate, hay un precioso árbol de magnolia.

Arriate: espacio levantado del jardín, donde se plantan árboles.





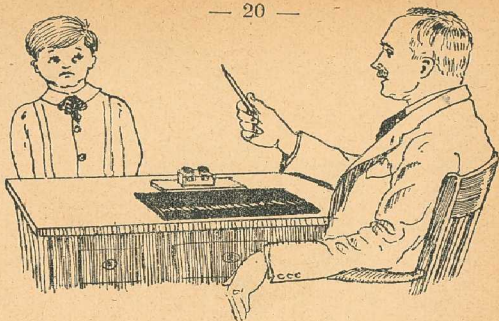
Mi hermano

Héctor está en quinto grado. Es muy inteligente y estudioso. En la escuela, todos los chicos lo quieren.

Yo también lo quiero mucho. Me cuenta lindos cuentos; sabe hacer carritos, trencitos y aeroplanos.

Me fabrica barriletes y nadie como él, sabe hacer bailar un trompo sobre una mano.

Además hace casitas, torres, castillos y puentes, tambores, flautas, sables y fusiles.



El director

¡Qué serio es el director!

Nos mira severamente y nos reprende si corremos durante el recreo, o no traemos jarro y pañuelo.

—Un pañuelo sucio—dice— es una fuente de enfermedades.

No puedo recibir en la escuela alumnos que tengan las manos sucias o vengan sin jarro y sin pañuelo; y todo debe estar bien limpio.

Cuando el director habla todos nos quedamos callados, pues lo respetamos mucho.

Severamente: con seriedad, con rigor.



Silabeando

En clase nos hemos reído mucho.

Angel Labriola no sabía leer la palabra auxilio.

—Silabéala, ordenó la señorita.

Y él empezó: a - u - au - au... y no podía seguir.

Entonces, Carlitos dijo: Si no puedes decir auxilio, toca pito.

La señorita se rió por el chiste, y en seguida nos hizo silabear: au-xi-lío.



La señorita Alicia

Ayer salíamos de la escuela, Rómulo Argiros, Vicente Blanes, Jorge Araujo y yo.

—¡Qué linda es la señorita! dijo Rómulo.

—¿Te parece?

—A mí me gusta más la maestra de tercero.

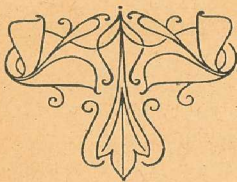
—¡Oh! no, dijo Jorge; la señorita de nuestro grado, es la más buena de todas.

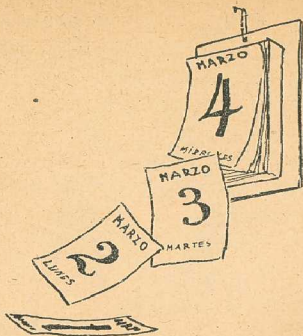
—¿Y a tí te gusta, José Antonio?

—Sí, dije yo, me gusta porque es cariñosa y amable.

—¿Cómo se llamará?

—Se llama Alicia; yo lo sé porque mi tía es amiga de ella.





Los meses del año

Cristinita, mi hermana, ha aprendido esta lección de memoria:

“Treinta días trae Noviembre, con Abril, Junio y Septiembre.

De veintiocho sólo hay uno y los demás treinta y uno.”

Mamá nos enseñó que los meses de treinta y un días son: Enero, Marzo, Mayo, Julio, Agosto, Octubre y Diciembre.

Febrero es el mes que tiene veintiocho días.



Destrabalenguas

Paco Peco, chico rico, protestaba como un loco, con su tío Federico. El cual dijo: Poco a poco, Paco Peco, poco pico.

Tres tigres comieron tres platos de trigo.
De trigo trigueño,
de trigo y triguillo.
Tres platos de trigo, comieron tres tigres.

María Chucena techaba su choza y un techador que por ahí pasaba, le dijo: ¿Qué techas, María Chucena? ¿Tu choza o la choza ajena? Y ella, desde el techo, dijo satisfecha: “No techo mi choza ni la choza ajena; techo la choza de María Chucena”.



Una visita

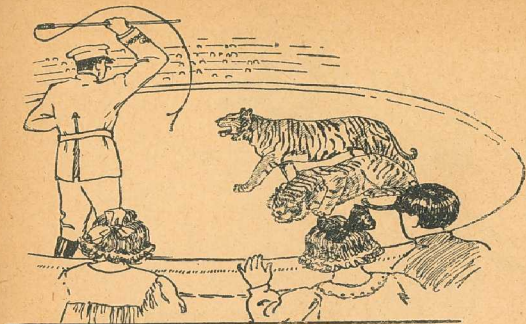
Ha venido el inspector. Es un señor muy serio; alto, grueso, de mirada severa.

Todos teníamos miedo y hasta Gregorio López, que siempre se porta mal, estaba quieto y juicioso.

El inspector nos hizo sacar los cuadernos. Los miró. Habló con la señorita y nos dijo que debíamos cuidar mucho la letra y la prolijidad en los cuadernos si queríamos pasar de grado.

Al irse nos saludó cariñosamente.

Prolijidad: esmero, cuidado.



El Circo

El domingo nos llevaron al circo.

Se presentó en la pista un domador con varios animales feroces.

El domador tenía un látigo en una mano, y en la otra un hierro caliente.

El león rugía y hacía frente al domador. Este hacía restallar el látigo y el león se echaba a sus pies.

El tigre abría grandes las fauces, como si se fuera a tragar al domador. De pronto se agazapó y pegó un brinco.

¡Qué susto! Cristina se escondió.

Pero no fué nada; el domador lo amenazó con el hierro caliente y el tigre se arrodilló, como pidiendo perdón.



Los perros sabios

Había también en el circo unos perritos sabios y un gato.

Figuraba que en el tablado se incendiaba una casa. Los perros eran los bomberos. Colocaban las escaleras, trepaban por ellas, movían las bombas y lanzaban chorros de agua sobre la casa. Penetraban en las habitaciones y salvaban a la gente, que eran muñecas de trapo.

Después de apagado el incendio, los perros volvían vestidos de señor; el gato hacía de portero y manejaba el ascensor.

¡Cómo nos hemos reído!



Los monos traviesos

Ese era otro número del circo.

La panadera está tejiendo en su negocio.

Un monito se acerca y le lleva el ovillo de lana.

La señora lo persigue. Mientras tanto, otro monito le deshace el tejido.

Entran otros monos, abren la vidriera y roban los pasteles.

La viejecita corre a unos y otros; los monos saltan, brincan, tropiezan, hasta que al fin, después de mucho correr y chillar quieren escapar y se caen en un recipiente lleno de harina.

Salen todos blancos y embadurnados, sacudiéndose enojados.

Fué una escena de hilaridad.

Hilaridad: risa y algazara.





El regalo de mamá

El jueves próximo, es el cumpleaños de mamá.

Héctor, Cristina y yo, hemos reunido nuestras economías para hacerle un regalo.

Tenemos poco dinero y queremos una cosa linda.

Es una sorpresa para mamá y es necesario que el obsequio sea digno de ella.

Desde mañana comenzaremos a mirar en las vidrieras y a buscar en los negocios, para ver si encontramos algo lindo.



Enfermo

Estoy muy triste. Jorge no pudo asistir a clase.

Su hermanito Vicente, está con sarampión.

Héctor dice, que es una enfermedad contagiosa y que si Jorge viniera a la escuela podría traer la enfermedad.

Papá me explicó que la difteria, la tos convulsa, la escarlatina, la gripe y la viruela son también enfermedades contagiosas.

Contagiosas: enfermedades que se transmiten.



El maestro de Héctor

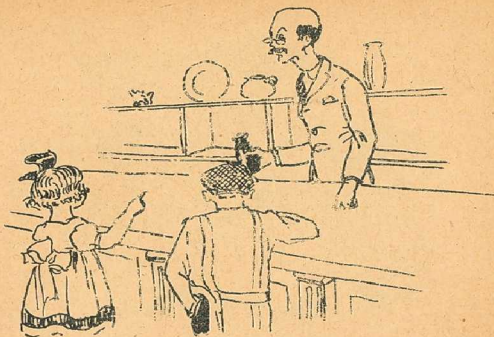
¡Qué bueno, qué serio y qué amable, es el maestro de Héctor!

Conversa con sus alumnos como si fuera un compañero. Les enseña cosas muy lindas y difíciles.

Con los alumnos buenos, es gentil y afectuoso, pero con los desaplicados, los desatentos y desaseados, es muy riguroso.

El aseo, dice, embellece al niño; el desaseo lo rebaja a la condición de animal.

Riguroso: severo.



En el bazar

Fuimos al bazar para elegir el regalo.

—¿Qué desean?

—Queremos un obsequio para mamá.

—¿Cuánto dinero tienen?

—Tres pesos y cincuenta y ocho centavos.

—¿Quieren un florero?

—Nó, mamá tiene muchos.

—¿Una estatua?

—¿A ver? ¡Qué lindo! dice Cristina, y quiere mirarlo todo; las copas de colores, las

jarras, los botellones, las tacitas y las licoreras.

Se detiene delante de una licorera.

—Esta, ¿cuánto vale?

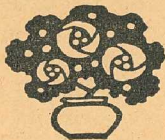
—Once pesos con setenta y cinco centavos.

¡Oh!...

Los tres nos miramos y pensamos en el dinero que Héctor lleva en la billetera.

Cristina nos pregunta: ¿No se puede comprar?

Como todo lo que nos gusta es muy caro, decimos adiós y nos vamos muy tristes sin comprar nada.





Una promesa

La señorita trabaja y juega con nosotros, como si fuera una hermana.

Cuando nos portamos bien, nos cuenta lindos cuentos. Hoy prometió, si nuestra aplicación no dejaba nada que desear, contarnos un cuento por mes.

Un cuento o una leyenda, dijo. ¿Qué será leyenda? ¿Será un cuento también?

Leyenda: hechos que han pasado y tienen algo de fábula



El zapatero

El zapatero de la vuelta de casa, es el padrino de Ponciano García.

Ponciano, es un alumno de mi grado.

Hoy llevé mis zapatos para componer, pues había que ponerles media suela.

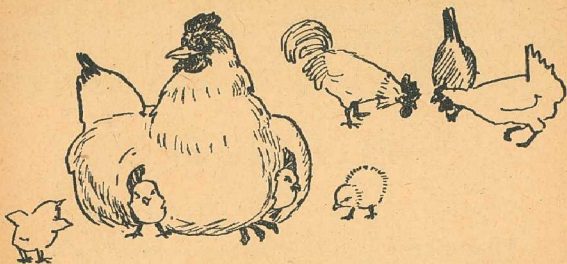
Ponciano estaba en el taller, pasando la lezna por un pedazo de cuero.

Trabajaba muy serio, sin levantar la cabeza.

El padrino me mostró un zapatito para criatura, que el ahijado ha hecho solito.

Es indudable que Ponciano será más tarde, un buen oficial aparador.

Aparador: el oficial que cose las partes del calzado antes de unir las a la suela.



La gallina de la tía Emilia

Durante tres semanas, “Morena”, la gallina de tía Emilia, estuvo empollando doce huevos.

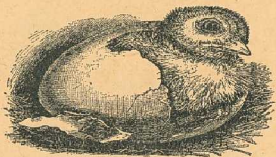
Ayer, al fin, los pollitos empezaron a nacer: toc, toc, dentro de la cáscara.

Uno por uno, fueron abandonando las cáscaras, que rompían con el pico.

“Morena” los protegía bajo sus alas. Ellos cerraban los ojitos y hacían levemente: piu, piu, piu.

Mañana, “Morena”, paseará al sol en el gallinero, escoltada por sus polluelos, negros, amarillos o color de ceniza.

En cuanto la madre haga: cloc, cloc, todos los pollitos se reunirán alrededor de ella





En la tienda

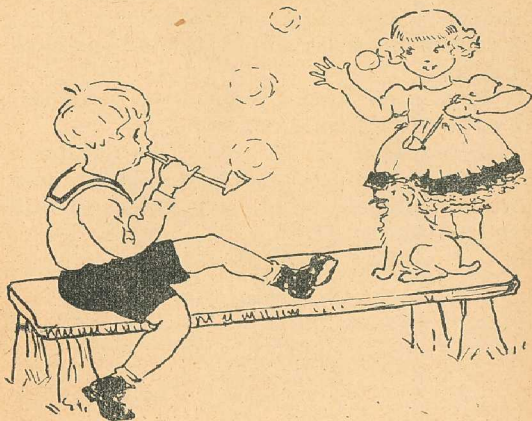
Siempre en busca del regalo, fuimos a la tienda de la esquina. Es tienda y mercería.

Tienen géneros de lana, de algodón y de hilo; medias y puntillas; lanas para tejer y sedas para bordar; agujas, alfileres y broches.

Vimos un género de seda muy delicado. Pero valía mucho dinero.

Después de ver bramante, linón, muselina, percal, y otras telas, compramos tres metros de bombasí floreado, que nos costó tres pesos y veinticinco centavos.

Con el dinero restante, compraremos un ramo de flores.



La familia de Jorge

Tenemos que hacer una bandera. Fuí a casa de Jorge, porque él tiene que atender a sus hermanitos y no los puede dejar solos.

Cuando llegué, Vicente, el más chiquito, hacía pompas de jabón.

María, Elvira y Rosario zurcían medias. Lorenzo se fabricaba un tambor.

Graciela nos ayudó en la confección de la bandera.

Esos niños están todo el día solos; el padre es sastre y trabaja afuera.

Jorge desea ser grande para ayudar a su padre y poner una sastrería, donde confeccione pantalones, sacos, chalecos, trajes de militar y de chofer.





El otoño

Hice una composición sobre el otoño.
Aquí está:

El otoño comienza el 21 de Marzo. Las hojas de los árboles enrojecen, se ponen amarillas, se secan y caen.

Hay algunas frutas: uvas, higos, manzanas y membrillos.

Más tarde, comienzan las naranjas.

Los días no son tan largos como en verano. Pero suelen ser muy lindos y templados.

Al final del otoño, que es en Junio, los días son mucho más cortos y fríos.

Templado: ni frío ni caliente.





¡Qué vergüenza!

Asunción, es una niña muy desaseada, que está en el grado de Cristina.

Trae siempre las manos y las uñas sucias.

La señorita la reprende continuamente, pero ella no hace caso.

El lunes, la directora fué al grado, y revisó el aseo de las alumnas.

Cuando llegó frente a Asunción, le dijo: Niña, este no es modo de venir a la escuela. Vaya a su casa, límpiense y vuelva.

¡Qué bochorno!... Las compañeras dicen que no jugarán con Asunción, hasta que no sea más aseada.



Mi familia

Mi familia está formada por papá, mamá, Héctor, Cristina y yo.

Papá es argentino; se llama como yo, José Antonio Birón.

Mamá también es argentina, pero sus padres eran extranjeros. Se llama Ana María Estival.

No tengo ningún abuelito. Todos murieron antes que yo naciera.

En cambio tengo una cantidad de tíos, tías, primos y primas.

Tío Alberto, tío Carlos, tío Roberto, tía Susana, y tía Ester, son hermanos de papá.

Tía Elena y tía Emilia, son hermanas de mamá.

Todos nos queremos mucho y nos visitamos muy seguido.

“Una familia unida siempre es feliz.”

Nota: Tema de composición: Mi familia.



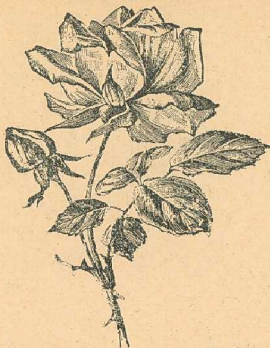
Los maderos de San Juan

... Y aserrín
aserrán,
los maderos de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
alfandoque;
los de Rique,
alfeñique;
los de Trique,
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

.....
Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
¡Triqui, triqui, triqui, trán!...

.....

José Asunción Silva.



Mis primas

Son tres. Sara, Elena y Raquel.

Sara vive en Lomas de Zamora. Elena y Raquel viven en La Plata.

La primera es morocha; la segunda tiene el pelo y los ojos color castaño; la tercera es rubia y linda como una muñequita.

Toda la familia le dice por sobrenombre la Neca.

Han venido esta mañana y hemos jugado toda la tarde a las visitas y al almacenero.



Jugando a las visitas

Es domingo. Cristina y Sara juegan a las muñecas.

—¿Cómo está usted, señora?

—Muy bien, pero ayer, al ir a la feria, me caí y me recalqué un pie. Hoy estoy bien.

—¡Ah, que suerte! ¿Quiere una taza de té?

—Con mucho gusto, señora. Con este frío, el té hace entrar en calor.

—Y su hijita ¿cómo está?

—Tiene tos convulsa.

—¡Qué desgracia!... ¿Tose mucho?

—No, es una tos convulsa sin tos.

—Ah, sí, ya comprendo.

—¡Pero me da un trabajo!... Usted no se figura, señora, el trabajo que dan los niños.

—¡Oh! ya lo sé, dice Sara; bañarlos, darles sopita, mecerlos, vestirlos y... besarlos.

—Yo me paso todo el día acariciando a mi nena.

—¿Cómo se llama la suya?

—Alicia.

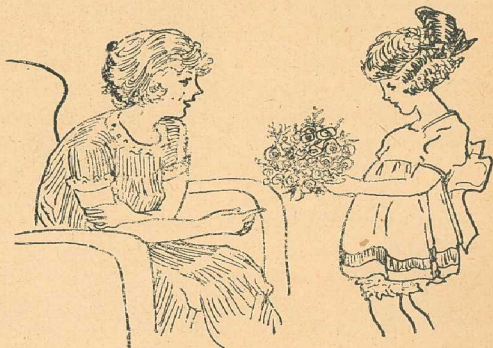
—¡Qué lindo nombre! La mía se llama Ana María.

—Es muy bonito.

—Adiós, señora, me voy, mi esposo y mis hijos me esperan.

Sara y Cristina se dan un largo abrazo, como si en efecto se despidieran.





El día del cumpleaños

Llegó el gran día...

Qué contenta estuvo mamá, cuando Tinita le ofreció el regalo que traía escondido bajo un ramo de dalias rojas.

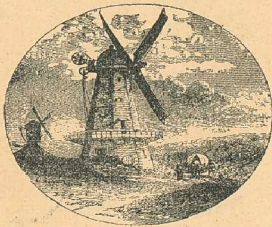
Nos abrazó a todos.

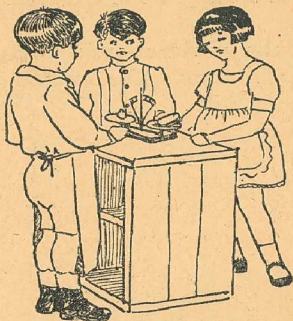
Desató el paquete, desenvolvió el género y batió palmas diciendo: ¡Qué bonito! Con es-

ta tela me haré un precioso vestido para entre casa.

A la noche vinieron mis tíos, mis tías y mis primos. Comimos todos juntos y los chicos jugamos mucho rato.

Papá le regaló a mamá un par de zapatos de charol.





El almacén

No es un almacén verdadero, es un almacén que inventamos nosotros.

Héctor es el patrón; Jorge es el dependiente y Cristina, Elena, Sara y yo, somos los clientes.

—¿Qué desea, señora?

—Un kilo de azúcar, medio kilo de yerba, y...

Sara interrumpe: ¿Tiene fiambres?

—Cómo no, y muy fresquitos. ¿Quiere verlos?

—Bueno, deme fiambres surtidos: jamón crudo y cocido, salame, mortadela y queso de chanco.

Sara abre la cartera.—¿Cuánto es?

—Un peso y ochenta centavos.

—Y usted, señora, ¿quiere algo más?

—Sí, vainilla, dulce de batata, queso Chubut, arvejas partidas, una lata de aceite, y... nada más.

—¿Cuánto es?

—Diez pesos setenta y cinco.

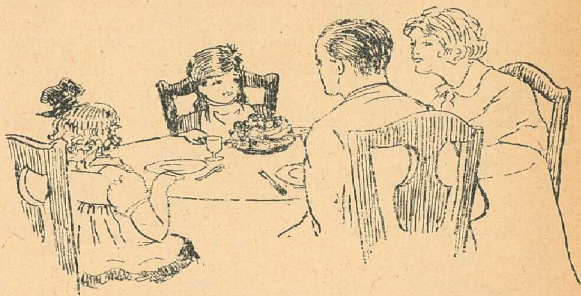
—¿No me da la yapa, señor?, pregunta Elena.

—Pero, niña, reprende Sara — que hace de mamá — es muy feo pedir la yapa.

—No importa, señora—contesta Jorge— le daremos unas nueces.

Las chicas se van muy orondas, haciendo que se llevan un montón de paquetes.

Orondas: ufanas, satisfechas de sí mismas.



Cristina se porta mal

Estamos en la mesa. El vaso de Cristina está vacío.

—Agua, mamá, dice Tinita.

Mamá no contesta.

—Quiero agua, mamá, insiste Cristina.

Mamá tampoco responde y comienza una pequeña historia.

“Había una vez, una gruta muy rara, que contenía toda clase de ricas y hermosas cosas.

Las personas que habían oído hablar de la gruta, intentaban diversas pruebas para abrirla. Unos golpeaban con un martillo, otros amenazaban la puerta, y otros, al fin, la insultaban.

Pero la gruta quedaba siempre cerrada.

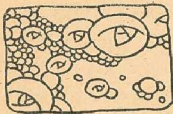
Un día llegó un niño, y dulcemente dijo una frase, una sola y la gruta se abrió.”

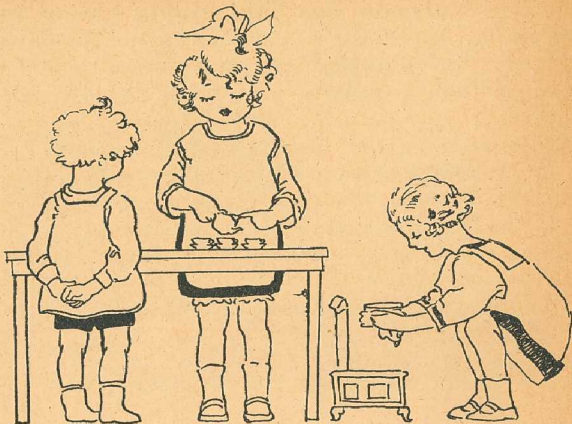
—¿Era una frase mágica, mamá?

—Sí, el niño dijo: “Por favor, gruta, ¿quieres abrirte?”

Cristina avergonzada, comprendió.

(Adaptado)





El té

Es la hora de la merienda.

Cristina y Elena ponen la mesa.

Cristina hace de señora y Elena de sirvienta; para desempeñar ese papel se llama Benita.

—Pon el mantel, Benita.

—Trae los pocillos y el azucarero.

—Aquí están, señora. ¿Traigo la tetera y la lechera?

—Sí, y no olvides la manteca, el dulce y las rebanadas de pan tostado.

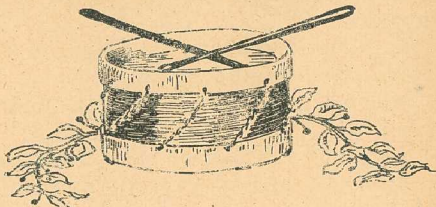
—Señora, ¿unto con miel las rebanadas de pan?

—No, ve y mira si el agua está bien caliente; llama a mamá y a los niños. ¡Corre, mujer!...

Elena sale corriendo y recogiendo la punta de su delantal, dice, como una verdadera sirvienta:

—Señora, el té está servido.





Los soldados

Los soldados han salido para hacer ejercicios:

—Plan, rataplán, rataplán, plan, plan...

Todos los chicos corremos a la puerta de calle.

Los soldados pasan muy serios, marcando el paso: todas las piernas hacen el mismo movimiento, parece que fuera una sola.

—¡Alto! ¡Firmes! Descanso!

—¡Firmes! Flanco derecho. ¡Dré!

¡Marchen!... ¡Marr!

Los soldados se alejan: plan, rataplán, rataplán, plan, plan.



Aprendiendo a escribir

Es en casa de Jorge. Todos los chicos nos hemos sentado alrededor de la mesa, para hacer nuestros deberes.

Elvira y Rosario dibujan el mapa de la provincia de Buenos Aires. Lorenzo hace una copia. Jorge y yo tratamos de resolver un problema, y Graciela, la más pequeña, quiere escribir la palabra **uva**.

Hay que verla: se arrodilla sobre el asiento, mueve la pizarra de uno y otro lado, tuer-

ce los ojos, saca la lengua y mueve ésta junto con la mano.

Después de mucho borrar, escribe algo, que no está demasiado mal; entonces contempla su obra con admiración y juntando sus dos manos, exclama:

—¡Qué bonito, qué precioso! Esto está muy, pero muy bien!

Y nos mira a todos para ver si estamos conformes.





El monito de la cola larga

Raquel tiene que contar un cuento. Empieza así:

Una vez había un monito que tenía la cola larga. Fué a la peluquería y dijo: Peluquero, ¿me quiere cortar la cola?

—Bueno.

Y le cortó la cola.

A los dos días, volvió el monito.

—Peluquero, deme mi cola.

—¡Ah! Ya no la tengo, la tiré.

—Bueno, yo quiero mi cola; si no, deme otra cosa.

Como el mono chillaba mucho, el peluquero le dió una navajita; entonces se fué por la calle y vió a una señora que limpiaba un pescado.

—Señora, ¿quiere esta navajita para cortar el pescado?

—No — dijo la señora; — no la preciso.

—No importa, yo se la regalo.

Le dió la navajita y se fué.

Al otro día volvió. ¿Y mi navajita?

—Fuí cerca del pozo y se me cayó.

—Yo quiero mi navaja, y si nó deme otra cosa.

—Te daré una bolsa de harina.

(Nos llamaron a comer y Raquel debió interrumpir el cuento).

(Continuación)

Raquel prosiguió: El monito tomó la bolsa, se fué caminando y llegó a un convento.

—Hermana, ¿quiere harina para hacer buñuelos para las chicas?

—Cómo no, dijo la hermana; a las niñas les gusta mucho.

Dejó la bolsa y se fué.

Volvió al día siguiente: ¿Y la harina?

—La empleé en los buñuelos; eran riquísimos y las niñas los comieron todos.

—Yo quiero que me devuelva la harina.

—No puedo dártela, no la tengo.

—Entonces, deme una niña.

La monja le dió una niña, él se la puso debajo del brazo y llegó a casa de un guitarrero.

—Tome, dijo el monito: le regalo esta niña para que le haga los mandados.

Se fué y después de una semana volvió.

—¿Y la niña?

—Fué a hacer un mandado y se perdió.

—Yo quiero la niña o una guitarra.

El guitarrero le dió una guitarra y el monito se fué caminando por el bosque, hasta que llegó a un árbol, a la sombra del cual se sentó; y allí empezó a cantar:

Por mi colita, una navajita; por la navajita, una bolsa de harina; por la bolsa de harina, una niñita; por la niñita, una guitarrita.

Y Raquel terminó diciendo:

—A mí me han contado que todavía está cantando.





La iluminación

Es víspera de 25 de Mayo. Nos llevaron a Buenos Aires, a ver la iluminación.

Había tantas luces, que parecía de día.

En la plaza del Congreso, corrían hilos de luces entre el césped. Las fuentes del monumento a los Dos Congresos, lanzaban a gran altura chorros de agua, que de pronto eran rojos, amarillos, azulados o violetas.

Por todos lados había profusión de banderas

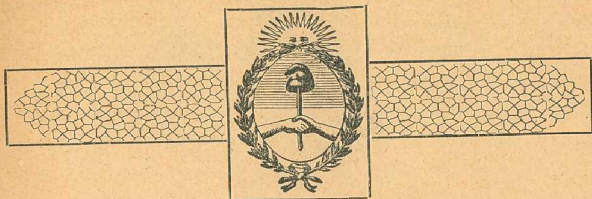
y en un ángulo de la plaza quemaban fuegos artificiales.

En la Avenida de Mayo, habían colocado arcos de luces, que formaban la bandera argentina. En cada bocacalle, había un escudo formado por lamparitas eléctricas. En la plaza de Mayo, la iluminación era aún mayor; arcos, guías, focos, guirlandas, todo con luces de distintos colores y mezclado con escudos, banderas, gallardetes y escarapelas.

La Pirámide también estaba iluminada, y al pie habían depositado varias coronas.

Cuando me acosté, cerraba los ojos y veía miles y miles de puntos luminosos, como estrellas lejanas.





25 de Mayo

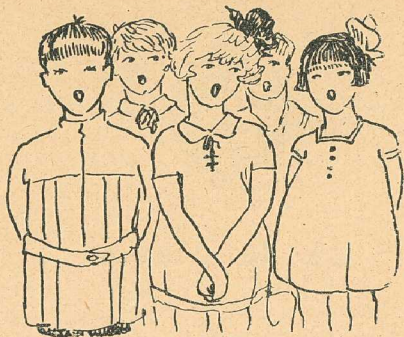
¡Qué júbilo! ¡Qué entusiasmo!

Las banderas flamean en lo alto de todos los edificios, y hasta los tranvías llevan una banderita argentina en el trolley.

Los hombres, las señoras y los niños, todos lucen escarapelas, y las llevan con orgullo, como diciendo: Soy argentino.

Nosotros nos levantamos temprano para ir a la plaza a cantar el Himno Nacional.

La señorita nos dijo que ningún niño debe dejar de ir, pues del mismo modo que todos saludamos a nuestra madre el día de su cumpleaños, debemos saludar con el Himno a nuestra patria, que es la madre de todos.



La fiesta en la escuela

El salón de música, donde hicimos la fiesta del veinticinco, se hallaba adornado con flores, palmas y escudos.

El piano estaba sobre una tarima alfombrada, que servía de escenario.

Al lado del piano, Villarroel y Fabro — alumnos de sexto grado — sostenían la bandera.

La profesora de música tocó el Himno, y todos lo cantamos con entusiasmo patriótico.

El vice director pronunció un breve discurso, en el que nos pidió honráramos y veneráramos siempre “la memoria ilustre de los héroes de Mayo”.

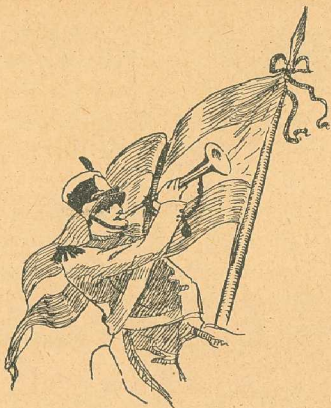
Después, Jorge, Antonio y Ponciano recitaron poesías patrióticas. Luciano Gómez y un niño de segundo grado, dijeron el diálogo “El poeta y el soldado”.

Yo declamé la poesía que me enseñó la señorita.

La fiesta terminó con el Canto a la Bandera y la Marcha de San Lorenzo.

Estábamos en la calle y aun se oía: “Gloriosa enseña de la patria mía”...





La bandera

Saludemos descubiertos
la insignia que alta tremola,
dando a las cunas aureola
y dulce sombra a los muertos;
la que cruzó los desiertos
y fué en lo alto azul visión;
la de la heroica excursión,
la de histórico destino.
¡El estandarte argentino!
¡El bicolor pabellón!

Arturo Giménez Pastor.



Viajero

Tío Alberto, el hermano de papá, llegó ayer de Mendoza.

Ha traído un cajoncito de uvas y varias damajuanas de vino.

Tío Alberto es viñatero. Posee un viñedo cerca de San Rafael, y aunque no tiene bodega, fabrica vino para su consumo.

Trajo uva negra de forma ovalada y moscatel rosada, redondita y riquísima. Los racimos son grandes y pesan más de un kilo.

El vino no lo hemos probado aún; papá dice que es mejor que los niños no tomen vino. Sin embargo, a mí me gustaría probarlo, porque uno tiene un precioso color rubí y otro un lindo color topacio.

Rubí: piedra preciosa de color rojo.

Topacio: Idem de color amarillo.



Lo que contó tío Alberto

Mendoza queda muy lejos de aquí. Cerca de la Cordillera de los Andes.

Es una provincia fértil y rica, sobre todo por el cultivo de la vid.

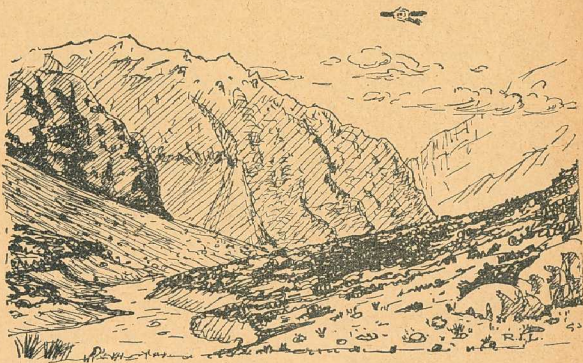
El clima es frío y seco. En invierno nieva a menudo y desde mi viñedo se ven los cerros más altos de la cordillera, siempre cubiertos de nieve.

—¿Cómo es la nieve? le pregunté.

—Es como azúcar, muy blanca y muy fina. No creas que por eso es dulce; en la boca se deshace como agua. Cae sin hacer ruido, en forma de copos y cubre las casas, las calles y los árboles, con un manto blanco.

Mañana os contaré una historia de la nieve.





El aviador

Tío Alberto empezó así:

Había en Buenos Aires un joven aviador apellidado Matienzo.

Se propuso cruzar en aeroplano la Cordillera de los Andes, y llegar a Chile.

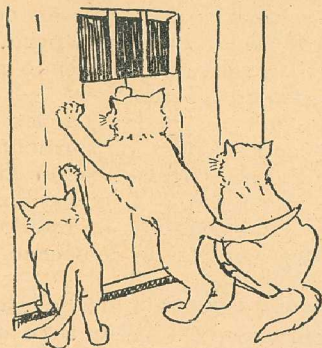
Salió del campo de aviación, con otros compañeros; remontaron el vuelo y bien pronto fueron un punto negro en el espacio. Luego, se perdieron de vista.

Cruzando la cordillera, fueron sorprendidos por una tormenta de nieve; los compañeros se refugiaron donde pudieron, pero Matienzo, cegado por la nieve e impulsado por el viento, no encontró su camino.

Viendo que no regresaba, los amigos salieron a buscarlo, pero la tormenta redobló; el viento silbó con furor entre las altas montañas y la nieve cayó sin interrupción por más de diez días. Los caminos se hicieron intransitables, y los amigos de Matienzo tuvieron que regresar.

Meses después se pudo averiguar que debido a la tormenta, el aviador tuvo que descender y envuelto en la borrasca, pereció de hambre y de frío.

Cuando comenzó el deshielo, su cadáver fué encontrado entre la nieve; el aeroplano, a su lado, semejava un cóndor gigantesco, herido en las alas.



Los gatitos desobedientes

Nos quedamos impresionados con la narración de tío Alberto, y él, para distraernos, nos contó este cuento:

En una carbonería de Mendoza, había tres gatitos, negros como el carbón, con el hociquito rosado y los ojos amarillos.

Una noche de invierno, en vez de quedarse junto al fuego con mamá gata, salieron a pasear.

Aprovecharon que mamá gata dormía y sin ruido, salieron de la cocina.

Afuera, la noche estaba oscura y la nieve que caía, fina, blanda, extendía suavemente su blanca alfombra sobre la tierra.

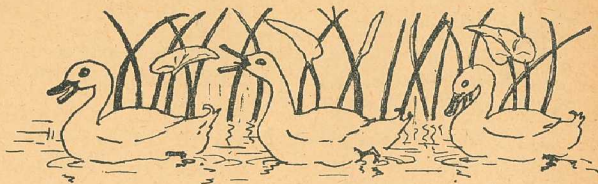
Al cabo de un rato, los tres gatos negros eran tres gatos blancos. Ellos no lo sabían y como tenían helados hasta los bigotes, resolvieron volver a la casa.

Llegaron. Mayaron y arañaron la puerta. Mamá gata miró por la rendija, pero viendo tres gatos blancos, no reconoció a sus hijos. Los tres gatitos pasaron la noche tiritando de frío y sintiéndose muy desgraciados.

Sin embargo, fué una buena lección y al otro día prometieron que en lo sucesivo no desobedecerían a su mamá.

Maya: el gato joven maya, el gato adulto maúlla.





Las voces de los animales

Hemos dado hoy una clase curiosa, sobre el nombre de la voz de cada animal.

Cada animal emite con la garganta un sonido distinto y toma diferentes nombres. Así se dice que el lobo aúlla, que bala la oveja, y que gruñe el cerdo.

La vaca muge; relincha el caballo, y rebuzna el asno.

Ruge el león y silba la serpiente.

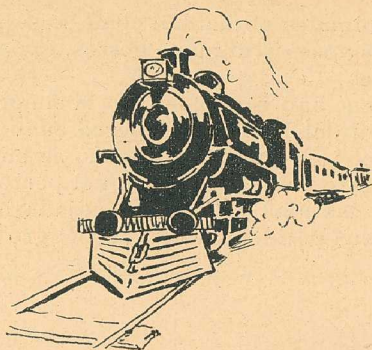
Zumban los mosquitos, susurran las abejas y trinan los pájaros.

Ladra el perro, maúlla el gato, y charla el loro.

Los animales no hablan como nosotros, pero con estas voces y algunos gestos, expresan sus emociones.

—¿No se han fijado — dijo la señorita — la expresión del ladrido del perro cuando regresa su amo? ¿No han visto cómo se encrespa y bufaba el gato cuando pelea con el perro? ¿Y cómo abre las alas y cloquea enojada la gallina cuando sus polluelos están en peligro?





El viaje de papá

Papá se fué anoche a Córdoba.

Tomó el tren en la estación Retiro. Frente a la estación hay un monumento que se llama “La torre de los ingleses”.

En la estación había mucho movimiento, idas y venidas.

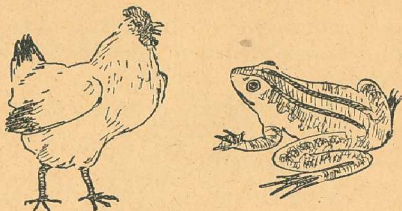
Nosotros mirábamos todo, pero cuando llegó la hora de la partida, nos abrazamos a papá y no queríamos que se fuera. Cristina lo tomaba

del saco para que no pudiera subir al tren, y mamá no hacía más que decirle: Vuelve pronto, vuelve pronto.

Sonó una campana; después hubo dos silbidos prolongados, la locomotora resolló y el tren arrancó pesadamente.

Papá se quedó en la ventanilla, agitando su pañuelo. Nosotros nos quedamos en el andén, hasta que el tren desapareció. Volvimos a casa callados y tristes. ¿Cuántos días estaremos sin verlo a papá?





La rana y la gallina

El que trabaja puede hablar;
el que nada hace, debe callar.

Juan Carlos Aguirre es muy burlón. Critica siempre los deberes y no se fija que él los hace mucho peor que los demás alumnos, o no los hace.

Para demostrarle lo mal que procede, la señorita contó esta fábula:

Desde un charco, en que habitaba, una rana oyó cacarear a una gallina.

—¿Qué hay, amiga gallina? ¿Qué sucede? Nunca creí que fueras una vecina tan incómoda. Contigo no se puede descansar. ¿Por qué metes tanta bulla? ¿Qué hay de nuevo?

—¿Qué hay?, dijo la gallina: Pues hay que he puesto un huevo.

—¿Un huevo sólo? ¿Y por eso cacareas tanto e interrumpes el sueño de los vecinos?

—Pues sí, un huevo sólo. Pero tú, que croas noche y día, sin descansar un momento, dime tú, ¿qué es lo que anuncias?

Ante esa pregunta, la rana no supo qué contestar, porque en realidad ella no anunciaba nada.

Entonces le dijo la gallina: “Yo, porque sirvo de algo, lo publico; tú, que de nada sirves, calla el pico”.





Cristina escribe una carta

San Isidro, Junio 25 de 1926.

Señor José Antonio Birón.

Papá lindo:

Te escribo esta carta, para que te acuerdes que te quiero mucho.

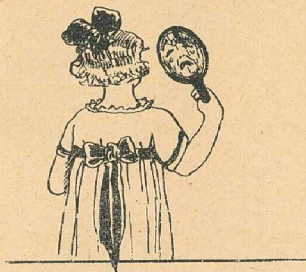
Héctor y José Antonio van a la escuela; “dicen que se portan bien.”

Vinieron tía Susana y tía Elena; la trajeron a la Neca y se fueron en seguida.

El pajarito no cantó en todo el día.

Te doy un beso en la frente, otro en los ojitos y uno en cada mejilla.

Tu hijita, **Cristina.**



El espejo

Graciela, la hermanita menor de Jorge, se miraba muy ufana y coquetuela, en un espejo.

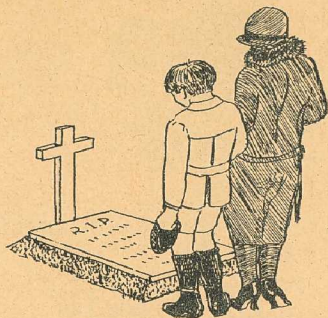
—Graciela — díjole Jorge, — pon ese espejo en su sitio.

—No quiero — contestó Graciela con mal modo; — yo soy linda y deseo mirarme.

Jorge insistió. La niña se puso furiosa, lloró y gritó.

—¡Ah! ¿sí?, consintió el hermano. ¿Quieres mirarte? Pues toma, y admira tus muecas.

Y Graciela vió en el espejo, una niña colérica, tan fea, que daba miedo verla.



La carta de Héctor

San Isidro, Junio 26 de 1926.
Señor José Antonio Birón.

Querido papá:

Aun cuando no lo hubiese prometido, te escribiría, porque te extraño tanto, que no podría dejar de comunicarme contigo.

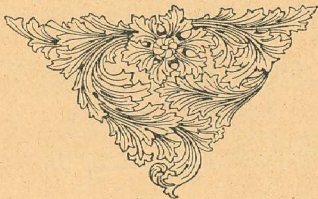
En la mesa es cuando más notamos tu ausencia; hasta Cristina, que es tan conversadora, se queda callada.

Anoche, después de comer, se echó llorando en brazos de mamá y le preguntó cuándo volvías.

Mamá y yo fuimos el martes al cementerio y dejamos flores en la sepultura de abuelito y abuelita.

¿Es verdad que regresas el domingo?
Recibe un fuerte abrazo de tu hijo,

Héctor.





Máximas

El trabajo.

El trabajo es la ley del hombre.

La más humilde de las profesiones es honorable.

El que no trabaja no progresa.

Una vida perezosa, es como una muerte anticipada.

Las manos negras hacen comer el pan blanco.

El trabajo da la victoria: ¡Adelante!



Fábula

Desde su charco una parlera rana
Oyó cacarear a una gallina.

—Vaya — le dijo — no creyera, hermana,
que fueras tan incómoda vecina.

Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?

—Nada, sino anunciar que pongo un huevo.

—¿Un huevo sólo? ¡Y alborotas tanto!

—Un huevo sólo; sí, señora mía.

¿Te espantas de eso, cuando no me espanto
de oírte como croas noche y día?

“Yo, porque sirvo de algo, lo publico;

Tú, que de nada sirves, calla el pico”.

Yriarte.

Fábula: narración imaginaria, cosa que no ha sucedido.
En casi todas las fábulas se supone que los animales hablan.



Mi carta

San Isidro, Junio 27 de 1926.

Señor José Antonio Birón.

Papá de mi corazón:

Hace cinco días que te has ido y a mí me parece que hace un mes.

Recibimos tu carta, en la que venía una hoja para mamá y otra para nosotros; la leímos por turno: primero Héctor, y después Cristina y yo.

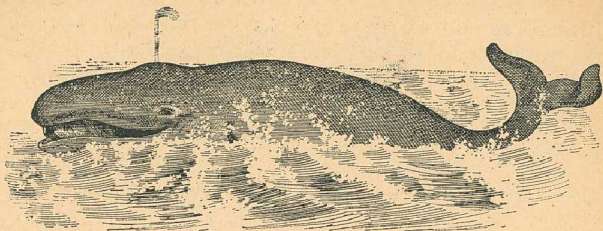
Estábamos tan contentos, que cuando terminamos de leer, bailamos con el gato.

El domingo iremos a esperarte en la estación.

Hasta el domingo, papacito, en que te daré un beso muy grande, por todos los que te debo.

Tu Toñito.





La ballena

Mamá nos contó un cuento de un hombre — Jonás — que fué tragado por una ballena, por haber sido malo. Pero al tiempo, arrepentido de su conducta, imploró a Dios y éste lo hizo salir de la ballena.

Le preguntamos a mamá si eso podía ser verídico y ella nos dijo que no.

—Sin embargo, agregó, la ballena es un animal curioso y raro.

En efecto: vive en el agua de los océanos, como un pez, pero es mamífero y respira por los pulmones. Tiene un tamaño casi monstruoso, pues puede medir hasta veintidós metros de

largo, y sus ojos son pequeñísimos en relación a su cuerpo.

La boca es una abertura de cuatro o cinco metros, pero no puede comer más que peces muy pequeños.

La nariz está en la parte superior de la cabeza, y al respirar arroja por ella columnas de agua.

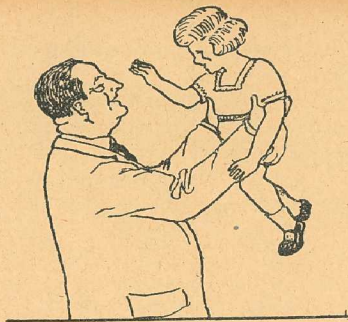
En vez de dientes, tiene unas barbas duras que son las que se conocen en el comercio con el nombre de “ballenas”.

La cola puede medir cuatro o cinco metros y tiene en ella mucha fuerza.

Carece de pelo y escamas; su piel es gruesa, lisa y dura; de un color verdinegro aceitoso.

En la República Argentina se cazan en los mares del sud.





De regreso

Papá regresó el domingo, como lo había anunciado. Héctor y yo fuimos a la estación para esperarlo.

Mamá y Cristina se quedaron para ordenar la casa y preparar el desayuno.

¡Cuántos besos! ¡Cuántos abrazos!

Desde que papá llegó, hasta la hora del almuerzo, Cristina, Héctor y yo estuvimos alrededor de él, oyéndole contar sus impresiones de viaje y también comiendo los ricos alfeñiques, alfajores y tabletas que trajo de Córdoba.

Alfeñiques: caramelos cordobeses.



El bautismo de la muñeca

Aprovechando las golosinas que papá trajo de Córdoba, hemos bautizado la muñeca de Cristina.

Marta — una amiguita de Cristina — era la madrina, Jorge era el padrino, Héctor el cura y yo el sacristán.

En un banco del jardín hicimos el altar.

El padrino se había puesto pantalones largos y una galera. La madrina un vestido de co-

la, zapatos con taco alto y un sombrero con plumas.

Héctor agitó una campanilla y toda la comitiva se acercó al altar.

—¿Van a bautizar a esta niña?

—Sí, padre.

—¿Qué nombre le van a poner?

—María de las Mercedes.

—Muy bien; pasen el padrino y la madrina.

Marta y Jorge se adelantaron, llevando la muñeca entre los dos.

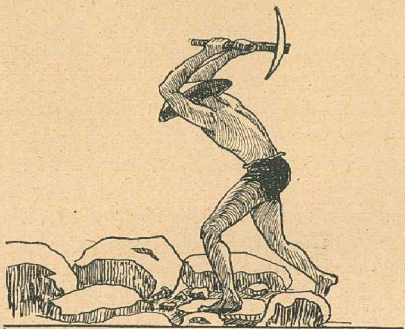
Héctor mojó un dedo en los frasquitos que yo le alcanzaba y haciendo señales en la frente y el cuello de la muñeca, dijo:

—En nombre del padre y del hijo, yo te bautizo, animal petizo.

Terminada la ceremonia, pasamos al comedor.

Además de las golosinas que trajo papá, había un rico chocolate, bizcochuelo, budín del cielo, bombas de crema, rosquillas, pasteles de hojaldre y panqueques con dulce de leche.

Acostamos a la muñeca, y yo creo que todos comimos demasiado.



El picapedrero javanés

Contaba papá, días pasados, que en Java — pueblo muy lejano del nuestro — había vivido un picapedrero, que siempre estaba descontento de su suerte.

En cierta ocasión, en que el cansancio lo agobiaba, cada vez que levantaba el pico, para romper las piedras, murmuraba: ¡Ah, si fuera rico!...

Tanto lo dijo y repitió, que Dios, queriendo favorecerlo, le enriqueció repentinamente.

Vivía ufano y contento el buen javanés, cuando un día acertó a pasar el carruaje del rey, tirado por caballos mucho más hermosos que los suyos.

Al verlos, la envidia prendió en su corazón.

—¡Oh! quiero ser rey, exclamó.

Y súbitamente, su Dios le hizo rey.

Pero he aquí que en oportunidad en que se paseaba por las calles de su reinado, habiendo olvidado su sombrilla, sintió que los ardorosos rayos del sol le molestaban.

—¡Oh! dijo entonces, cuánto mejor sería ser Sol; dominaría a todo el mundo.

Y Dios, en su infinita bondad, lo transformó en sol.

II

Pero un buen día una nube se interpuso entre el sol y la tierra.

—Si una nube puede disminuir mi esplendor — dijo, — quiero ser nube.

Y Dios cumplió su deseo.

Transformado en nube, dejaba caer sobre la tierra raudales de lluvia, destruyéndolo todo.

Pero las piedras resistían el choque de las aguas y quedaban siempre iguales.

Enfurecido al ver esto, protestó:

—¡Quiero ser piedra, piedra!
Y Dios hizo según su voluntad.

Parecían ya cumplidos sus deseos y nada le molestaba, cuando una tarde calurosa, llegó un obrero armado con un pico y comenzó a partir la piedra.

—¡Oh! esto es atroz. Yo quiero ser el obrero.
Y nuevamente, Dios cumplió, su deseo.

III

Cuenta la tradición que transformado en hombre, volvió a protestar y lamentarse, mas todo fué en vano.

Cansado Dios en su infinita bondad, le dijo: He hecho cuanto deseabas y nunca has agradecido nada; sólo la ambición y la envidia han dominado tu corazón. Ahora sufre y calla.

(Adaptado)





Las dos facturas

“No seas ingrato con tus padres”.

Ayer la ayudamos a mamá en los quehaceres de casa.

Entonces a Cristina y a mí — que deseábamos dinero para ir al cine — se nos ocurrió presentarle una factura, cobrando nuestro trabajo.

Mamá debe a Cristina:

Por haber lavado un espejo.....	10 centavos
„ haber sacado el polvo a los muebles	10 „
„ haber secado las copas.....	5 „
<i>Mamá debe a José Antonio:</i>	
Por haber hecho un mandado.....	5 „
„ haber traído baldes de agua...	10 „
„ haber repasado el piso.....	10 „
„ haber barrido el patio.....	10 „
Total.....	60 centavos

Mamá leyó la factura, sonrió y nos dió los sesenta centavos.

Al otro día, nos presentó ella también una factura.

José Antonio y Cristina, deben a mamá:

Por haberlos criado	nada
„ haberlos educado	nada
„ haberlos vestido	nada
„ haberlos llevado a pasear.....	nada
„ haberlos cuidado en sus enfermedades.....	nada
Total.....	Nada.

Yo hubiera preferido recibir una cachetada. Bajamos la cabeza avergonzados por nuestra mala acción, y devolvimos el dinero a mamá; pero asimismo, ¿cómo olvidará mamá que hemos querido cobrarle nuestro trabajito?

(Adaptado)



Pluchino y Ponciano

Pluchino, es hijo de italianos; de cara rosada, ojos grandes y azules; pelo rubio, rebelde, semejante a un escobillón, y orejas grandes y coloradas, que sobresalen como las asas de una cacerola.

Ponciano, es hijo de españoles; es de cutis moreno, ojos y cabello renegridos; tiene los labios delgados y la cara en forma de pera.

Usa el pelo cortado con máquina cero. Por eso los chicos le llaman “bochín”.

Pluchino se ríe de todo y de nada.

Ponciano, en cambio, no se ríe nunca y tiene la voz gruesa como la de un hombre.

Se sientan juntos y en clase es enorme la cantidad de cosas que tienen que contarse. Pluchino le cuenta cuentos a Ponciano. Ponciano, con gravedad, le dice chistes a Pluchino.

Para escribir cuatro renglones. Pluchino se pone tinta hasta en los ojos, y de sus manos no se sabe ni el color.

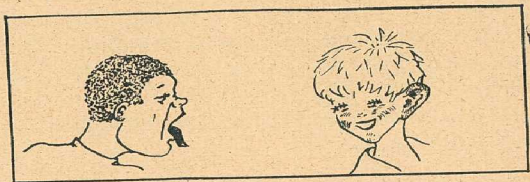
La maestra lo reprende, le manda lavar las manos y la cara. Vuelve Pluchino, empieza a escribir y vuelve a cubrirse de tinta.

—Pluchino, Pluchino, — le dice la maestra, — ¿qué oficio vas a desempeñar con esas manos?

El aludido no contesta; se ríe con los ojos, sin mover los labios; pero Ponciano se levanta y dice con seriedad:

—Señorita, Pluchino quiere ser pastelero.





Separados

La maestra ha separado a Pluchino y a Ponciano. Uno en el primer banco, otro en el último.

Como desde esa distancia no se pueden contar cuentos, Ponciano se da vuelta; saca la lengua, pone cara de viejo, de perro que tiene sed, de ciego, de papanatas y hace mil morisquetas más. Pluchino se ríe a carcajadas y la señorita se enoja.

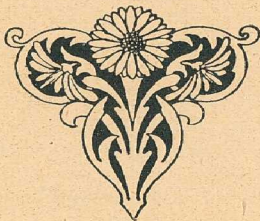
—Pluchino, te quedarás sin recreo.

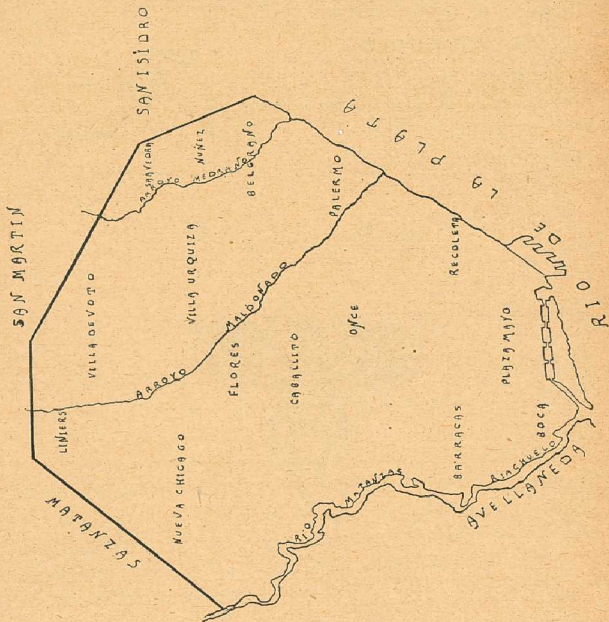
Pluchino, entonces, echa una mirada tan triste al pan con queso que tiene en su bolsita

y dirige unos ojos tan suplicantes hacia Ponciano, que éste confiesa:

—Señorita, fuí yo.

La señorita Alicia los perdona, y durante el recreo Pluchino y Ponciano, pegados a la pared, reparten el pan y el queso que comen a boca llena.





El distrito federal

El distrito federal o sea la ciudad de Buenos Aires, es la capital de la República Argentina.

Sus límites son: al este el río de la Plata; al sud el Riachuelo y el partido de Matanzas; al norte el partido de San Isidro y al oeste el partido de San Martín.

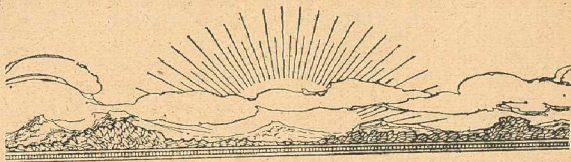
Su suelo está regado por el arroyo Maldonado, el arroyo Medrano y el río Matanzas o Riachuelo.

La ciudad de Buenos Aires fué fundada por don Juan de Garay, el 11 de Junio de 1580.

En la actualidad comprende diversos barrios: El Centro o sean los alrededores de la Plaza de Mayo, y más afuera Retiro, Recoleta, Palermo, Belgrano, Almagro, Caballito, Flores, Vélez Sársfield, Chacarita, Villa Urquiza, Boca, Barracas y otros más.

El distrito federal, es la ciudad más importante de toda la República Argentina.

Las personas nacidas en el distrito federal, se llaman porteñas.



El arco iris

¡Oh, qué lindo! ¡Qué lindo! ¡El arco iris!

Y Jorge señaló en el cielo un arco iris, perfectamente circular.

—¿Por qué se forma el arco iris, señorita?

—Se forma por la descomposición de la luz solar, al atravesar las gotas de agua. Parece una cosa rara, pero no lo es.

Mientras la señorita hablaba, el arco iris desapareció del cielo. Entonces ella ofreció:

¿Quieren que hagamos un arco iris?

—Sí, sí, exclamamos todos.

—No piensen que será tan grande y hermoso como el que se veía en el cielo, pero eso sí, tendrá los mismos colores.

Y la señorita tomó un prisma de cristal, y lo colocó frente al sol.

—Supongamos que podemos tener en nuestra mano, una nube cargada de agua.

La representamos con este prisma. La ponemos de modo que un rayo de sol pase por ella. Ya está. ¿Ven ustedes los siete colores?

En efecto, sobre la pared aparecieron, clarísimos, los siete colores del arco iris: violado, añil, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo.



Los pájaros

La señorita nos habló de los pájaros y de sus nidos. Después nos leyó estas poesías: la del hornero, que es un pájaro que hace su nido con barro, y la del chingolo, que es otro pájaro, muy saltarín y atrevido, común en la provincia de Buenos Aires.

El Hornero

La casita del hornero
Tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra instala
Justamente el nido entero.

En la sala, muy orondo,
El padre guarda la puerta,
Con su camisa entreabierta
Sobre su buche redondo.

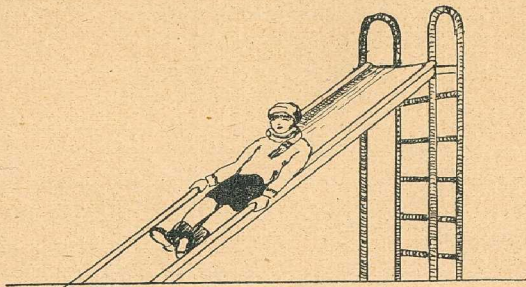
.....
Allá, si el barro está blando,
Canta su gozo sincero.
Yo quisiera ser hornero
Y hacer mi choza cantando.

.....
La casita del hornero
Tiene sala y tiene alcoba,
Y aunque en ella no hay escoba,
Limpia está con todo esmero.

Leopoldo Lugones.

Alcoba — lugar donde se duerme.





Un accidente

Habían ido a la plaza: jugaron al sube y baja; hicieron castillos de arena y luego se largaron por el deslizador.

Pluchino subía y Ponciano bajaba.

De pronto a Pluchino se le ocurrió: “En vez de bajar de espaldas, bajemos boca abajo, la cabeza la primera”.

Dicho y hecho. Sube la escalerita y se instala; pero ni bien se ha puesto boca abajo, el

peso de la cabeza lo arrastra y antes de que pueda darse cuenta, está en el suelo, la nariz sangrando y las dos manos recalcadas.

Hoy se ha quedado en su casa, con las manos vendadas. Ponciano anda por los patios como perdido.

Recalcados — se dice cuando el hueso sale de su lugar.





EL CHINGOLO

LEOPOLDO LUGONES

Cuando el campo está más solo,
Y la casa, en paz, abierta,
Aparece por la puerta,
Muy sí señor, el chingolo.

Viene en busca de una miga
O una paja de la escoba
Que, ciertamente, no roba,
Porque la gente es su amiga.

Salta, confiado, al umbral
Y solicita permiso,
Con un gritito conciso
Como pizca de cristal.

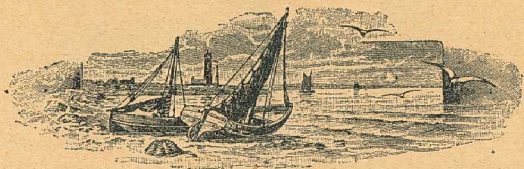
Y en el patio de la escuela
Con saltito impertinente,
Parece que eternamente
Va jugando a la rayuela.

Leopoldo Lugones.

Como pizca de cristal: conciso, corto, breve.



Biblioteca Nacional de Maestros



La playa

Aprovechando el día caluroso y la visita de Sara, Raquel, Ricardo y Pablo, mamá nos llevó a todos a la playa de San Isidro.

¡Qué linda estaba la playa! lisa, dura, con charquitos llenos de agua dejados por la bajamar.

A lo lejos se veía saltar y correr las olas blancas y espumosas.

Nos descalzamos. ¡Qué delicia meter los pies en el agua fresca; perseguirnos unos a otros y buscar pececitos en los hoyos! Nosotros no encontramos nada, pero unos pescadores que habían salido en un velero, traían cantidad de

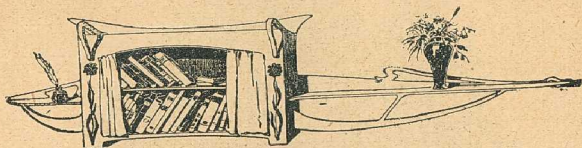
sábalos, surubíes, bagres, armados, bogas y hasta un pacú.

Tomándonos de la mano hicimos una rueda y cantamos aquello de: Sobre el puente de Avellón...

Después, cuando estuvimos todos cansados, nos sentamos sobre el musgo de la orilla, bajo los sauces y mamá nos contó la maravillosa leyenda de “Jesús caminando sobre las olas”.

Bajamar — retiro de las aguas, cuando las aguas del mar bajan.





La humildad y la modestia

Máximas

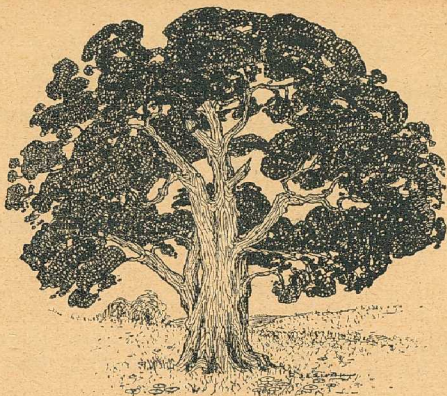
Sé humilde; no envidies ni al rico, ni al poderoso. Cuanto más alto estén, es más fácil que caigan.

La fuerza la más fuerte, la que nunca se acaba, es la de una vida buena y noble.

Haz buenas acciones y no las publiques.

Aunque seas muy sabio, sé siempre modesto.

Sé como una luz: ilumina sin tener orgullo por ello.



Los árboles

En la escuela nos hablaron de los árboles, de las utilidades y placeres que nos dan, y de la necesidad que existe de plantarlos en gran cantidad, si no queremos que las tormentas sean cada vez más fuertes, los fríos más intensos, y los calores excesivos.

En la República Argentina hay una gran variedad de árboles, cuya madera se utiliza en la

industria; tales son: el cedro, el quebracho, el lapacho, el algarrobo, el jacarandá, el urunday y otros más cuyo nombre no recuerdo.

Existen también gran abundancia de árboles frutales, como el duraznero, el ciruelo, el damasco, el guindo, el peral, el naranjo, el mandarino, el limonero y el níspero, sin contar el manzano y el membrillo.

Otros árboles, como el álamo, el sauce, el aguaribay, el aramo, el paraíso, el ceibo y el tala, sirven para dar sombra y embellecer los jardines con sus flores.

Tángo nos dijo la señorita, que cuando llegamos a casa, pusimos en una maceta pepitas de naranja y mandarina, “para cumplir con la obligación que tiene todo hombre de plantar un árbol”.

Además, no sólo desde ahora cuidaré los que están en el jardín y en la vereda, sino que impediré que niños perversos los desgajen y destruyan.

“Los árboles son nuestros amigos: amémoslos”.



Un examen

Estamos jugando. Héctor es el maestro. Cristina y yo, los alumnos.

—¿Quién descubrió la América?

—Cristóbal Colón.

—¿Vino a la República Argentina?

—Sí, dice Cristina, fundó a Buenos Aires.

—No, contesto yo, Colón se quedó en la América Central. Queda muy lejos de aquí.

—Muy bien, muy bien... A ver, ¿quién fabrica la miel?

—Tonto, te crees que no sabemos... Las abejas.

—¿Y quién fabrica el dulce?

—Mamá.

—¿De dónde se saca la tiza?

—De las minas.

—Sí, como el carbón, el mármol y el... ¿A ver si sabes eso?, pregunta Cristina: ¿el petróleo, de dónde se saca?

Héctor hace el que no sabe. Ella entonces, dice muy ufana: El petróleo se saca de unos pozos muy grandes que se cavan en Comodoro Rivadavia. Es un mineral líquido, transparente, incoloro, de un olor desagradable. Es una gran riqueza para el país. Hay que tener mucho cuidado de no prender fósforos estando cerca, porque es muy inflamable.

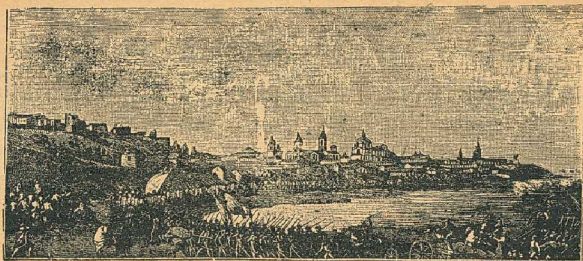
—¡Ah! ¡Ah!... concluye Héctor, muy bien, diez puntos.

Pero como lo dice en tono de burla, Cristina se enoja.

Para hacer las paces, Héctor le explica, que el kerosene, que es petróleo refinado, es transparente e incoloro, pero que el petróleo, cuando se saca de los pozos es espeso y oscuro.

Ufana — contenta, con orgullo.

Inflamable — quemar, produciendo llamas.



Manuela la tucumana

Los ingleses habían invadido la ciudad de Buenos Aires.

Toda la población se preparó a la defensa. Mujeres, niños, hombres, todos se armaron a su manera, y casi podría decirse que no hubo un habitante de Buenos Aires que dejara de portarse como un héroe.

Entre los tantos que combatieron con valor, se distinguió. Manuela la Tucumana.

La llamaban así por ser nativa le Tucumán.

Mujer valiente, cuando se preparó el ejército, se disfrazó de hombre y se alistó a las órdenes de Liniers.

Durante la defensa combatió al lado de su marido; sin fijarse en cansancio ni en fatiga, con el valor y la energía de un hombre, luchó, peleó y... venció.

Sí, venció, porque ella sola en su trinchera dió muerte a tres ingleses que la atacaron.

Cuando terminó la defensa y el enemigo se hubo retirado, Liniers quiso conocer al voluntario que se había portado tan heroicamente.

Su sorpresa no tuvo límites, cuando en el valiente defensor, reconoció a Manuela la Tucumana.

En recompensa de su acción, Liniers ordenó que le dejaran su fusil, “para honor y gloria de mujeres que sabían pelear tan valientemente”.

(Anécdota de la primera invasión inglesa).





Patriotismo

(Anécdota)

Cristina está entusiasmada con la anécdota de Manuela la Tucumana. Se la cuenta a todo el mundo, contenta al ver que las mujeres también saben defender a su patria. Papá le dice que nuestra Historia registra muchos heroismos ignorados; oscuros soldados que murieron valerosamente por la patria, sin que ni siquiera se conocieran sus nombres.

—Entre otras, recuerdo esta anécdota que me contó el hijo de tío Blas, cuando yo era muy chico.

“Era un viejo soldado. En su rostro curtido por el sol y la fatiga, no se conocían los años.

Había seguido a Belgrano en todas sus campañas, cuando en Salta, un sable enemigo le partió la cabeza desde el cráneo hasta la boca.

El soldado envuelto en su poncho rojo y gris, se moría. Solo, sin consuelo y sin gloria.

El jefe, pasó al lado del lugar donde el herido agonizaba.

—¿Cómo está? preguntó a un oficial que estaba cerca.

—Muy mal, mi General; dentro de cinco minutos habrá dejado de existir.

El soldado pareció reconocer a su jefe; sus ojos se animaron y sus labios sanguinolentos quisieron murmurar una palabra.

De pronto, el redoble del tambor anunció el toque de llamada; el soldado se incorporó, levantó en su mano un girón de su poncho rojo y gris y dijo con voz clara: Presente...

Su cabeza volvió a caer... estaba muerto.

Este, como los otros—terminó diciendo papá, fué enterrado bajo una lápida que decía: “Aquí yacen los vencedores y vencidos”. Entre todos, eran setecientos!...

Yacen — descansan, se dice de los heridos y de los muertos.



Las desventuras de Susana

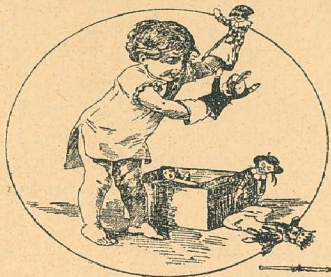
Susana es una de mis primas. Traviesa y pizpireta, sufre muchas contrariedades por todas sus picardías, pues el papá, la mamá, los abuelos y los hermanos tienen que reprenderla a menudo.

Susana ha ido al circo y se quedó encantada con las pruebas de un equilibrista.

Encerrada en el dormitorio, resuelve hacer lo mismo. Sobre su cama pone una silla, sobre la silla un banquito. Se para encima del banquito y en la punta de su nariz coloca el extremo del mango del plumero. Balancea la cabeza a uno y otro lado, abre los brazos, tuerce los ojos y de repente... ¡pata pum!... El plumero, Susana, el banco, la silla... todo al suelo!...

Susana grita y llora, y cuando se levanta, su naricita está toda roja de sangre.





La caja

El abuelo ha dicho a Susana: Si eres muy buena, el domingo te regalaré esta caja.

—¿Qué hay adentro, abuelito?

—Ya lo sabrás a su tiempo, pórtate bien, y espera.

Susana se calla; da una vuelta alrededor del sillón del abuelo, y acariciándole las manos, dice con un suspiro:

—¡Ay! Abuelito, me gustaría tanto saber lo que hay en esa caja!...

—No seas curiosa, chicuela, dice abuelito levantándose.

El abuelo sale y Susana queda sola mirando la caja.

¿La abrirá?... No, abuelito no quiere.

¿La abrirá?... Sí, de todos modos, ¿quién lo sabrá?

Despacio, con cautela, Susana levanta la tapa. ¿Qué es? No vé nada. Se aproxima a la ventana, su brazo tropieza con el postigo y la caja con gran ruido, cae al suelo.

¡Qué pena! Todo se ha hecho trizas, la muñeca grande, la chica, la rubia y la morena.

Abuelo acude al ruido.

—¿Qué has hecho Susana? ¿Has visto?... Y deja a su nietecita hecha un mar de lágrimas, en medio de las muñecas rotas.





El vestido nuevo

Esto me lo contó Cristina.

Antes de salir, Susana se mira en todos los espejos.

¡Qué lindo es su vestido nuevo de muselina azul! ¡Qué bien le sienta!

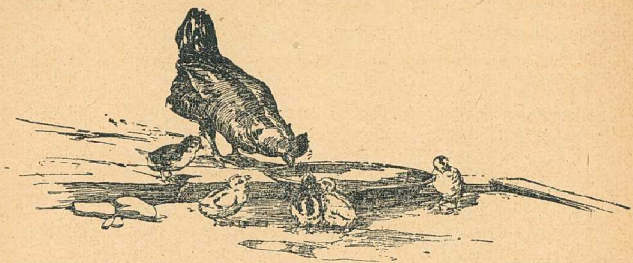
Susana no lo dice, pero se encuentra muy parecida a la muñeca de tía Raquel, aquella de rizos rubios y de ojos azules, que está sentada en el sillón de la sala.

En el espejo, Susana se mira de frente, de perfil, de tres cuartos; levanta la falda, la baja, la ahueca, la estira.

—Sí, está muy bien y andará con cuidado, porque mamá le ha dicho que era monester no ensuciar el vestido.

¡Pobre Susana!... Ella dice que no sabe cómo fué... y que no tiene culpa de nada. Lo cierto es que cuando volvió de casa de su amigueta Maruja, el vestido estaba todo salpicado de barro y... lo diré en secreto: en la manga tenía un desgarrón.

Al verlo, la mamá se enojó y dijo: Pues, hija, en todo el verano no tendrás otro vestido nuevo.



“Chun Chun”

Cada vez que una gallina saca una pollada, mamá nos regala un pollito, con la única condición de cuidarlo y quererlo.

De la última pollada de la gallina “batarás”, a Cristina le tocó un pollito negro, y como Susana estaba en casa, mamá le dió también un polluelo negro.

A los pocos días, enfermó uno de los dos pollitos. ¿Cuál? Ese era el problema.

Cristina decía que era el de Susana, y Susana juraba que era el de Cristina.

Sin embargo, las dos cuidaban de “Chun

Chun” — que así llamaban al pollito. Le daban agua, lo acostaban en una cajita, y lo cubrían con trapitos, con hojas de higuera o de parra.

Pero “Chun Chun” empeoraba.

—Es el tuyo el enfermo.

—No, no es mi “Chun Chun”, es el tuyo. Y se pasaban horas discutiendo lo mismo.

Al fin una mañana, “Chun Chun” número uno, amaneció duro y frío en la cajita de cartón, bien envuelto en trapos de lana.

Enseguida Cristina fué a buscar a “Chun Chun” número dos, para hacerle ver a su hermano muerto. Pero, ¡oh! sorpresa!... “Chun Chun” número dos, no estaba con su mamá.

Salió corriendo; registró la casa.

—Susana, ¿no has visto a mi “Chun Chun”?

—¿El tuyo? El mío, querrás decir.

—No, el mío. El tuyo se ha muerto.

—Sí, pues a “Chun Chun” número dos yo lo he encerrado, para que no lo encuentres.

Recién a la noche, Susana dijo dónde estaba “Chun Chun” número dos.

Fuimos todos a buscarlo debajo de la lata donde mi prima lo había escondido; pero, ¡oh! dolor! “Chun Chun” número dos estaba muer-

to. Como su hermanito, yacía con las patitas duras y rígidas.

El calor del sol había recalentado la lata y el pobre “Chun Chun” murió de insolación.

Susana se echó a llorar.

—¡Oh! pobre “Chun Chun”! yo no quería que te murieras, decía entre los sollozos.

Cuando llevamos el cuerpecito de “Chun Chun” número dos con el de su hermano, de los ojos de Cristina caían grandes lagrimones.

Mamá puso a Susana sobre sus rodillas y le dijo: Hijita, ahora, no podré darte más polli-tos...





Los tiempos del tío Blas

I

A toda fuerza quisimos saber algo sobre el tío Blas y su época.

Como ustedes pueden suponer, comenzó papá, yo no conocía al tío Blas; era hermano de mi bisabuelo. Tenía una tienda frente a la iglesia de San Francisco, que ya existía entonces.

Vestía siempre traje negro, levita o gabán, y usaba a diario sombrero de copa, como era la moda.

Los tenderos eran en esa época los comerciantes más respetados de la ciudad de Buenos Aires.

Su tienda era pequeña, sin lujo; en los armazones de madera, guardaba los géneros, que extendía sobre el mostrador cuando las clientes lo pedían.

Durante el día se vendía muy poco, pero al atardecer, las señoras empezaban a pasear con las niñas y entraban en las tiendas.

—¿Cómo está, misia Mariquita?

—¿Lo pasa usted bien, niña Agueda?

El tío Blas conocía a todas las señoras, conversaba con ellas y a las más amigas las obsequiaba con mate, que cebaba con “bombilla” de plata.

II

Al anochecer, se encendían las velas de sebo, o los quinqués. El sereno, con su farol en la mano, pasaba anunciando la hora y el tiempo.

La mulata Ña Micaela, instalaba su banco, donde vendía sabrosas rosquillas de maíz, tor-

titas de morón, alfeñiques, pasteles, empanadas y dulce de coco; entre tanto en la Plaza 25 de Mayo, las bandas militares, tocaban alegres marchas.

Cuando la luz escaseaba, se retiraba la gente, y los esclavos caminaban delante de sus amos, iluminando el camino con un farolillo con vela de sebo.

Esos, terminó diciendo papá, eran los tiempos del tío Blas, que vivió en Buenos Aires por el año de 1814 en adelante.

Quinqué: lamparita de aceite.





La primavera

La composición de Jorge fué la mejor. Por eso la pasamos todos a nuestros cuadernos. Decía así:

La primavera es la estación que sigue al invierno; comienza el 21 de septiembre y termina el 21 de diciembre.

Los árboles se cubren de brotes nuevos; florecen los durazneros, los perales, los ciruelos y casi todos los árboles frutales.

Hay muchas flores, glicinas, rosas, lirios, geranios, alelís, anémonas y marimónas.

Los días son templados y más largos que en invierno.

“En los altos campanarios, las golondrinas revuelan; ya florecen los aromos, ya viene la primavera.”



Fraternidad

“Amaos los unos a los otros.”

Vivía en la China un hombre muy rico, que acumulaba grandes tesoros.

Poseía hermosos palacios, cofres repletos de piedras preciosas; alhajas, sedas, tapices y monedas de oro en abundancia. Tenía también preciosos jardines llenos de flores maravillosas, frutas exquisitas y pájaros multicolores.

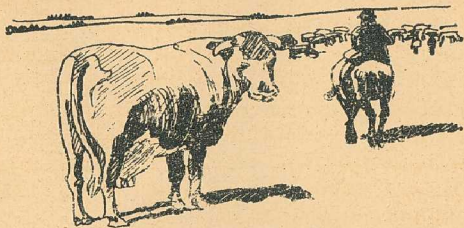
A pesar de todas estas riquezas, el hombre rico se aburría.

—“Oh, qué triste es la vida”, se lamentaba.

“Todos los hombres tienen hermanos con quienes conversar y entretenerse, yo únicamente estoy solo en la vida.”

Entonces un sabio religioso que le oía, le contestó: “Aprecia a todos los hombres como si fueran tus hermanos. Amalos; reparte con ellos tus riquezas, sufre y trabaja con ellos, y hallarás consuelo y cariño”.





La casa de Sara

Sara vive en una chacra.

A nosotros nos gusta ir a su casa, porque hay mucho sitio para correr y jugar. Además, hay tantos animales...

Sara tiene dos hermanos — Ricardo y Pablo — que también son primos míos.

Ricardo y Pablo, tienen petizos para montar.

El de Ricardo es alazán, el de Pablo es zaino. A mí me gusta más el de Ricardo; tiene el paso más suave y un lindo galope largo. Además, obedece dócilmente a la rienda.

Sara tiene un sulky y sale a pasear en él con Cristina.

En la chacra hay también, una vaca, un ternero, ovejas, corderos y una cabrita negra a quien llaman “Chuli”.

En el chiquero, comen, duermen y gruñen, revolcados en el barro, una pareja de cerdos.

En el corral, viven en armonía, aunque peleando de vez en cuando, gallinas, patos, palomas, gansos, pavos y hasta un ñandú, cuyo cuello largo, sobresale encima de la cabeza de todas las demás aves.

A mí me gusta estar en el corral, viendo cómo picotean el maíz o el triguillo, las gallinas, los pavos y las palomas; cómo nadan los gansos y los patos en el charquito; y cómo juegan entre sí los pollitos, mientras el tero-tero, lanza su grito avisador.

Nandú — avestruz americano, muy común en la campaña de Buenos Aires.





El quintero

Hemos ido a la quinta de verduras, que queda cerca de la casa de mis primos.

—Buenos días, don Sebastián.

—Buenos días, niñitos. ¿Cómo están?

—Muy bien, don Sebastián. ¿Y usted?

—¡Ah! yo, gracias a Dios, siempre sano y contento. ¿Han visto que las habas están en flor?

—¡Qué preciosas flores! Parecen flores de jardín.

—¡Y qué rico olor!...

—¿De qué es ese cantero?

—¿Aquél? es de lechugas. Este es de rábanos, este otro de remolachas, el de mas allá es de alcauciles y ese es de acelgas.

—Y esas plantas que suben por esas ranitas ¿de qué son?

—Son chauchas y arvejas; las hojitas tan lindas que están al lado, son zanahorias. Pero las zanahorias están debajo de la tierra.

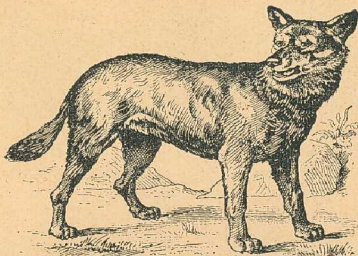
Y don Sebastián se ríe, mostrando todos sus dientes blancos.

—¿Quieren ver los almácigos de tomates y escarolas?

Vemos los almácigos y compramos la verdura que nos encargó tía Susana.

Don Sebastián nos acompaña hasta la tranquera, cerca de la cual está su casa. Una casa blanca y limpia, sombreada por perales, que en enero darán unas sabrosas frutas, bien conocidas de nosotros.





Alerta y Jop

“Sed compasivos con los animales”.

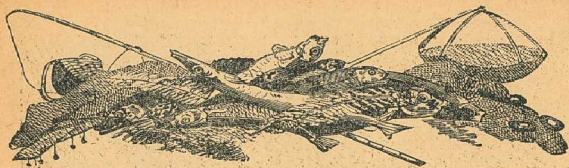
Alerta y Jop, son los dos perros de la chacra. Los dos son amigos míos, pero lo quiero más a Jop.

Alerta es un cachorro de policía, juguetón y travieso. Ladra a cuanto ve, y muerde todo lo que cae al alcance de sus colmillos.

Jop, no tiene ninguna raza, es un perro ordinario, humilde y bonachón. Es amigo con todos los de la casa; lleva en su lomo a las muñecas de las chicas. Nunca gruñe ni se enoja. Si le gritan, vuelve hacia el amo sus hermosos ojos color de castaña, llenos de dulzura.

De noche duerme junto a la puerta del dormitorio de Ricardo y Pablo. A la mañana, cuando tía abre la puerta para despertar a los niños, Jop entra corriendo en el cuarto. Va de una cama a otra, corre y salta alrededor de los chicos, ladra alegremente, y mira hacia afuera, como diciendo: Vámos, ya es hora de levantarse.





El pescador

—¡Pescadooor! ¡Pescado fresquitooo! ¡Corvina fresca!

El pescador dice eso como cantando.

Llega a la puerta de casa y se para.

—¡Me compra, marchanta!...

—¿Qué pescado tiene?

—Tengo pejerrey del Paraná, corvina, surubí, palometa y sábalo. Tengo un dorado, que es como carne de corderito; y una lisa de Mar del Plata, tan fresquita, que si la echa en el agua, vive otra vez.

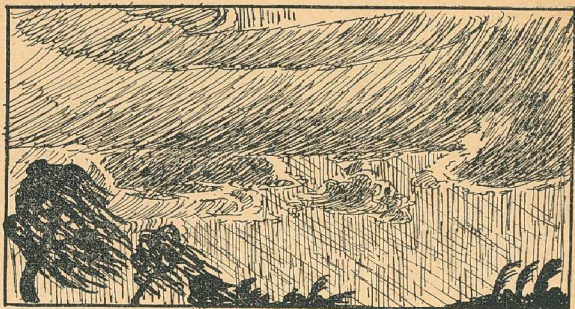
Mamá se ríe.—Sí, sí, ya sé.

—¿Los camarones a cuánto?

—Ah, están muy caros, marchanta. Con el mal tiempo, no se puede salir a pescar, y entonces...

—Bueno, vamos, deme un kilo de surubí.

Mamá compró el surubí y lo sirvió en el almuerzo. Estaba muy rico y sin una espina.



La tormenta

¡Qué tormenta!

Todo el día estuvo nublado, la atmósfera pesada y sofocante.

El cielo se encapotó y se cubrió de nubes oscuras. Los relámpagos semejantes a látigos o víboras de fuego, cruzaban las nubes e iluminaban vivamente el suelo. A cada relámpago, sucedía un trueno, espantosamente fuerte.

A las tres se levantó un viento huracanado; un trueno más fuerte que otro, metió a Cristina bajo la mesa; a pesar de ser temprano,

hubo que encender la luz. No se veía ni la vereda de enfrente.

En seguida comenzó el granizo a repiquetear en los vidrios de las claraboyas, y luego la lluvia cayó como un diluvio, un verdadero diluvio, que no acababa nunca.

Después el cielo aclaró, pero siguió lloviendo toda la noche, sin descanso.

Esta mañana, un cielo limpio y un sol espléndido, hicieron olvidar la tormenta de ayer.

Huracanado — como un huracán, tormenta muy fuerte.





El Cerro de la Gloria

Mendoza, Octubre 9 de 1925.

Señor José Antonio Birón (hijo)

Querido sobrino:

Cumpliendo mi promesa te envío una fotografía del Cerro de la Gloria.

Es uno de los monumentos más hermosos que existe en la República Argentina.

Construído sobre la cima del cerro da frente a la majestuosa Cordillera de los Andes y

en su parte central se destaca la figura del General San Martín, a caballo y contemplando absorto el camino que conduce a Uspallata.

Es en la ciudad de Mendoza, donde nuestro valiente General preparó su brillante campaña del Ejército libertador. Allí pensó, organizó, luchó y coronó su obra con la victoria más grande y más pura, que registra nuestra Historia.

Si algún día tienes ocasión de visitar Mendoza, no dejes de subir al Cerro de la Gloria y allí frente a los Andes, apreciarás cuán grande fué la empresa de San Martín y te sentirás más orgulloso de ser argentino.

Saluda en mi nombre a tus padres y a tus hermanos y recibe el invariable afecto de tu tío.

Alberto.





La pelota azul

En la librería de don Raymundo, hay pelotas muy lindas. Las hay rojas, verdes, amarillas, azules y rayadas.

Cristina y yo deseábamos tener una azul.

Para comprarla, juntamos dinero; moneditas que nos dan papá o mamá.

Pero cuando menos lo pensábamos, renunciábamos a la pelota.

Llamó a la puerta una mujer con dos cria-

turas. Una la traía en brazos y la otra prendida a su pollera.

Llorando, la mujer contó que no tenía casa, ni dinero, ni trabajo y pidió que la ayudáramos.

Mamá la socorrió y cuando ya, la mujer se iba, nos dijo: ¿Ven? ustedes se quejan cuando no los llevan al cinematógrafo o a paseo: ¿no es más desgraciada esa niña?

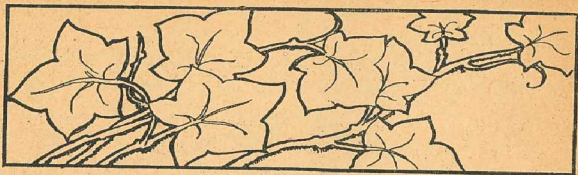
Tiene hambre y no tiene qué comer; tiene frío y no tiene con qué abrigarse; tiene sueño y no tiene dónde dormir.

Entonces, Cristina y yo, nos miramos, y sin decirnos nada, sacamos de la alcancía los veinte centavos que guardábamos para comprar la pelota azul.

Corriendo, alcanzamos la niña y le dimos la moneda. Nos agradeció con una sonrisita, que iluminó sus ojos tristes, y nos dijo adiós con la manito.

Al volver, Cristina me dijo bajito: De todos modos, no importa, la pelota se hubiese perdido.





El orgullo

Papá y Héctor, trabajaban juntos. Instalaban una campanilla eléctrica.

Después de haber colocado todo, la campanilla no sonaba. Entonces Héctor dijo con violencia: Deja, papá, lo haré solo.

Papá no le contestó. Lo dejó trabajar toda la mañana, hasta que al fin, Héctor tuvo que renunciar, diciendo que no entendía.

Papá le ayudó otra vez y la campanilla funcionó.

En la mesa, papá contó esta fábula:

—Alrededor de un roble secular, se enrosca-
ba una guía de hiedra.

Sus tiernas hojas, se mezclaban y confundían con las del roble.

Eran buenos amigos y juntos luchaban y se defendían contra los ataques del viento.

Pero un día, la hiedra pensó:

—Es ridículo que para proteger a este viejo roble, me quede siempre prisionera aquí.

Quiero ser libre, fuerte; quiero vivir donde me guste.

Pensó así, y sin más, se separó del roble.

Pero ¡ay! dos días después, la tormenta barrió la hiedra; arrojada al arroyo, sus hojas y sus tallos se pudrieron lentamente.

“El orgullo es un mal consejero”.

Secular: que tiene uno o más siglos.





Fin de curso

Se aproxima el fin del curso escolar. Estamos todos muy atareados, repasando lo aprendido durante el año. ¿Cómo saldrán los exámenes?

Yo estoy un poco intranquilo. ¿Pasaré de grado?

Jorge, que es tan buen alumno, no tiene temor; él sabe todo, no se equivoca nunca, ni en lectura, ni en aritmética, ni en ortografía. En cambio López, está asustado y preocupado, porque no sabe nada.

Durante el examen escrito que nos tomaron hoy, quería copiar de unos y de otros.

Creo que no me equivoqué en nada... Pero quién sabe, a veces... hum!... no estoy muy seguro.

El lunes, nos dirán el resultado. ¡Qué alegría si todo estuviera bien!



Las vacaciones

Una semana más y comenzarán las vacaciones.

Estoy contento y estoy triste. No haré más deberes; no tendré obligación de levantarme temprano y de ir a la escuela, pero tampoco podré divertirme con mis compañeros, ni aprender todas las cosas que nos enseña la señorita.

Durante el verano, nos llevarán a la playa, nos descalzaremos, correremos por la arena, y cuando el río esté bajo, nos dejarán bañar.

Algunos domingos, nos llevarán al Tigre, saldremos en bote, remaremos, nos bajaremos en alguna isla y jugaremos todo el día.

También puede ser que vayamos a casa de Sara. Además, durante las vacaciones, cumpliré diez años y ya, casi, casi, seré un hombrecito.



Caperucita

En la escuela de Cristina van a dar una fiesta; ella declamará una poesía, que a mí me gusta mucho.

Es la siguiente:

—Caperucita, la más pequeña
de mis amigas, ¿en dónde está?

—Al viejo bosque se fué por leña,
por leña seca para quemar.

—Caperucita, di, ¿no ha venido?
¿Cómo tan tarde no regresó?

—Tras ella todos al bosque han ido
pero ninguno se la encontró.

Decidme, niños ¿qué es lo que pasa?

¿Qué mala nueva llegó a la casa?

¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?

—¿Caperucita no regresó?
—Sólo trajeron sus zapatitos...
¡Dicen que un lobo se la comió!

Francisco Villaespesa.





Tontina y Tontón

Este es un cuento de papá.

Había una señora que tenía dos hijos: Tontina y Tontón.

—Tontina, dijo la madre, vé, y compra treinta centavos de “ahuja” para el puchero.

Tontina fué a la tienda y pidió agujas que no fueran duras.

El tendero eligió tres paquetes de agujas finitas y se las dió.

Tontina volvió a la casa.

—Madre ¿qué hago con lo que compré?

—Echalo en la olla y agrega papas y otras verduras.

Cuando llegó la hora de comer, preguntó la madre: ¿Dónde está la carne del puchero?

—¿Qué carne?

—La que compraste.

—Yo no compré carne, compré agujas y las eché en la olla.

—¡Hija, hija! yo te pedí “ahuja” y no agujas. Vé y guarda las agujas en un lugar bien seco.

Tontina pensó donde guardaría las agujas, y descubrió que nada era más seco, que el pasto de la parva. Allí, pues, una a una clavó las agujas.

Al otro día la madre le pidió una aguja.

Tontina fué a buscarla, pero era de noche y aun no había vuelto.

La madre asustada, salió a buscarla y la halló en la parva.

—¿Qué haces ahí?

—Busco las agujas.

—¿Aquí? ¿En el pasto?

—Sí ¿no me dijiste que las guardara en un lugar seco?

.....

Otra vez, pasaban los coches de un entierro.

—¿Qué es eso? interrogó Tontina.

—Una cosa muy triste, hija mía. Hay que llorar, se ha muerto un hombre bueno.

¡Ji, ji, ji!, lloró Tontina.

Al otro día, vió un acompañamiento, se fué corriendo tras los coches y se puso a llorar.

—¿Por qué lloras? le preguntó una señora.

—Porque ahí delante va un muerto.

—No seas tonta; no es un muerto. Es mi hija que se casa. Debes estar alegre.

¡Ja, ja, ja!, rió Tontina.

.....
Tontina volvió a su casa.

—Madre, yo me quiero casar.

—Bien, hija mía.

—Pero nadie me mira ¿qué debo hacer?

—Pon los ojos dulces.

Tontina fué a la alacena, sacó un tarro de dulce, se untó con él los ojos, y se fué al balcón.

Toda la gente la miraba y se reía al verla con ese pegote de dulce en los ojos, las moscas la molestaban y...

¿Y Tontón? interrumpió Cristina.

¡Oh! el cuento de Tontón lo diré otro día, ahora no sigo más.

A causa de Cristina no supimos el final.



La despedida

Todo el día estuvimos muy alegres.

Contentos los que pasamos de grado, y mohinos, los que repiten.

A cada momento, abríamos la libreta, para cerciorarnos si al final, decía verdaderamente: “Pasa a tercer grado”.

Pero cuando sonó la última campanada, nos entristecimos todos. Ya no teníamos ganas ni de jugar, ni de reir.

Nos quedamos callados, mirando a la señorita Alicia.

Ella también estaba triste; nos miraba fijo y un poco seria.

—Mañana — dijo — ya no vendremos; ya no nos veremos todos los días, ya no podré aconsejarlos; cada uno estará en su casa, pero por lo mismo, les ruego que sean buenos, muy buenos; acuérdense que la bondad, es la mejor virtud.

Algunos como Jorge, ya no volverán a la escuela; irán a trabajar; a esos les pido que no olviden nunca, que en cualquier momento, encontrarán en la escuela, amparo y cariño.

Sobre todo, cariño, agregó mirando a Jorge.

Se detuvo. Nadie dijo nada, sin embargo, todos, pensábamos que la queríamos mucho.

—Jorge, empieza tú, abrázame.

Jorge se acercó. En sus ojos temblaba una lágrima.

El es el que pierde más; yo tengo una mamá muy buena, pero, él, Jorge, faltándole los mimos de la señorita, no tiene a nadie.

¡Pobre Jorge!... — Adiós, mamá, le dijo despacio.

Ella le tomó de la mano; en él, nos dijo, los beso a todos; y lo besó en la frente.

Después, desfilamos uno tras otro; Plichino, sonriente como siempre; Ponciano, grave y serio; López, avergonzado, pues no pasa de grado; Trivelli, emocionado, porque él tampoco volverá.

Para todos tuvo la señorita Alicia una palabra de ternura o de aliento.

Después salimos; nos acompañó hasta la puerta, y allí todavía nos dijo: Estudien, no me olviden y sean buenos.



APÉNDICE

Los cuentos de la Señorita



Estos cuentos pueden ser leídos por la maestra, en clase
de lectura libre.



La historia de Maugli

Narración.

I

En la India, un niño pequeñito, que todavía no sabía caminar, fué robado de la cuna donde dormía, en la cabaña de sus padres, por un “tigre rengo”.

El tigre, perseguido por los hombres, dejó al niño en la cueva de los “lobos grises” y huyó. Los hombres siguieron buscando, pero no encontrando ni al tigre ni al niño, se retiraron desesperados.

Cuando todo se calmó, el “tigre rengo” fué a la cueva del “lobo gris”, para reclamar al

niño; pero ni éste, ni la loba quisieron devolverlo y lo criaron junto con sus lobeznos.

Por este motivo, el “tigre rengó” declaró guerra a muerte al “lobo gris”, a la “pantera negra” y al “oso jefe”, que habían tomado al niño bajo su protección.

El niño creció y como la loba, no sabía el nombre de la criatura, le llamó “Maugli”, es decir, “ranita”.

II

Pasó el tiempo, y al cumplir diez años, Maugli era el niño más fuerte y ágil que podía encontrarse.

Conocía el canto y el grito de todos los animales de la selva, y sabía imitarlos a la perfección; conocía también el ruido que hace la corteza de un árbol al rasgarse; la dirección del viento; y distinguía hasta el ruidito que hace un pez al nadar.

Cuando no aprendía las cosas de la selva, dormía; y si no dormía, se alimentaba con frutas, miel, hojas o raíces que él mismo buscaba.

Se trepaba a los árboles como un mono, se lanzaba de una rama a otra; caminaba entre las espinas y los abrojos sin sentirlos; se ba-

ñaba en las aguas turbulentas del río y se zambullía como los patos silvestres.

En ciertas ocasiones, la “pantera negra” lo llevaba a pasco, sentado sobre su lomo, y tenía con él largas conversaciones, en las que le indicaba siempre, desconfiara del “tigre rengo”.

III

Un día le dijo: El “oso jefe” que te protegió, morirá pronto. Cuando eso suceda, el “tigre rengo” te perseguirá. Entonces, tomarás el camino del pueblo y traerás de una cabaña un poco de “flor roja” — la pantera quería hablar del fuego, al que todos los animales de la selva, temen mucho — y con ella ningún animal te resistirá.

Maugli pasó su brazo por sobre la espléndida cabeza de la pantera, y escondió su carita entre su hermoso pelo. Después salió corriendo.

A la aurora volvió, teniendo entre sus manos la “flor roja”. La “pantera negra”, lo esperaba en la linde del bosque.

—“Ranita”, el “oso jefe” ha muerto. El tigre te ha buscado toda la noche. Hoy, cuando la luna ilumine la selva, se reunirá con todos sus amigos, para resolver tu muerte.

IV

En medio de la selva se reunieron los animales: la pantera, el tigre, el leopardo, la hiena, los osos y los lobos. Entre todos eran como cien.

“Lobo gris” habló: He criado a Maugli como a mi hijo. Yo ya soy viejo y mi vida nada vale. Mátenme y dejen que Maugli vuelva, a la cabaña de los hombres.

—No, nunca — rugió el tigre — es un hombre, es mío, y debe morir.

Todos los lobos enemigos de Maugli, aullaron juntos, olvidando que el niño, les había sacado muchas espinas de las patas.

La pantera se acercó a Maugli.

—Ahora, le dijo, debes defenderte solo; nosotros ya no podemos hacer nada; únicamente podemos pelear.

Maugli se levantó; se desperezó y bostezó ante todos los lobos.

—Tomen — exclamó después — he traído esto para ustedes; ¡“perros”!

La flor roja se esparció por el suelo y los pastos secos ardieron. Los animales asustados, retrocedieron con terror.

Maugli tomó una rama gruesa, la encendió, y la levantó sobre su cabeza.

—Eres el dueño, Maugli — murmuró la pantera — salva al “lobo gris”, que siempre fué tu amigo, y a los demás, castígalos sin piedad.

Maugli agitó la rama encendida y la paseó por el suelo. Los lobos, cobardes, se arrastraron, cerrando los ojos, para no ver el fuego.

El niño se acercó al tigre: ¡Arriba, charlatán! Has dicho que me comerías vivo, pues bien, yo, Maugli, el hijo del hombre, te dejo hoy marcado para siempre. Diciendo esto quemó el pelo de la barba del tigre y juró ante todos los animales reunidos, que volvería a la selva, vestido con la piel del “tigre rengo”.

Dió un puntapié al fuego, cuyas chispas chamuscaron las pieles de los lobos, que huían despavoridos. No quedaron más que la pantera, el “lobo gris” y diez o doce lobos amigos de Maugli.

Ahora, dijo Maugli, mientras lágrimas de dolor corrían por sus mejillas, ahora debo irme y dejarlos. Pero antes diré adiós a mi madre la “loba gris”.

V

Llegó a la cueva, se abrazó a la loba que gemía dolorosamente, mientras los lobeznos aullaban, al ver partir a su hermano “Ranita”.

—A la caída de la tarde, dijeron los lobeznos, iremos cuando estés en la ciudad, a conversar contigo en la linde del bosque.

—Vuelve pronto, sollozaron, la pareja de lobos grises, somos viejos y te precisaremos.

—Oh, sí, volveré, murmuró Maugli, volveré, pero será con la piel del “tigre rengó”.

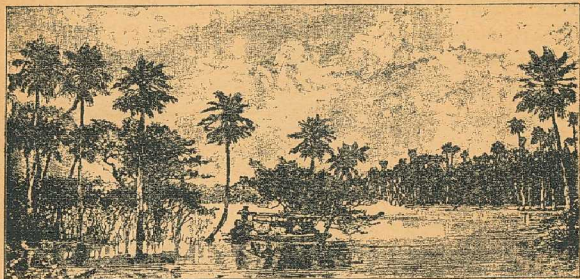
La “pantera negra”, acompañó a Maugli hasta donde se distinguen las cabañas de los hombres, y Maugli tomó el sendero que lleva al pueblo, para ir a vivir entre sus semejantes.

VI

Dos años después, Maugli cumplió su palabra, y volvió a la selva con la piel del “tigre rengó” sobre los hombros.

Pero, ¿cómo hizo para obtenerla? Esa es una historia que contaré otra vez.

R. Kipling: El libro de las tierras vírgenes.



Ará - Puiré

Leyenda.

I

Ará-puiré, el niño que cayó un día de la luna, envuelto en una nube de oro, se mece en una piragua. El Paraná, ancho y tranquilo, semeja un vasto espejo brillante. Los loros y las cotorras, charlan sin descanso en los árboles de la orilla, y los juncos balancean sus tallos flexibles.

Ará-puiré, el niño hermoso como el sol y la luna, entrecerrando los ojos, acecha la “tala-

mila" o la boga, que pasará entre dos aguas, al alcance de su flecha.

Tiene el arco tendido y la flecha preparada.

Ará-puiré es hermoso; el cielo no es más azul que sus ojos; el sol, no es más brillante que sus cabellos rubios; su tez es blanca como la faz de la luna, y su boca es roja, como la roja flor del ceibo.

Ara-puiré lo sabe, y por eso es orgulloso; desprecia a todos los niños indios de Tacurú-Pucú; los castiga, los maltrata, porque son de tez bronceada, y de cabellos negros y lacios.

Se hace servir como un cacique. Yo soy, dice, hijo del sol y de la luna.

Mata los pájaros y los insectos; es dañino, insolente y perverso.

Se complace arrancando los ojos del chajá, pisoteando las flores de la selva, desgajando las ramas de los árboles, y destrozando los nidos del hornero.

De un empujón, tira al suelo a los ancianos y a los niños y goza viéndoles rodar barranca abajo.

A pesar de esto, todos quieren a Ará-puiré; todos le admiran y le obedecen, porque Ará-puiré es hermoso.



II

De pronto oye un largo silbido, parecido al del “carpintero”. Es Tabaré, el indio que lo recogió, el día que cayó de la luna, quien lo llama.

Pero Ará-puiré no se mueve y piensa con crueldad: Tabaré es viejo, ojalá que al correr, se rompa una pierna.

Al fin Tabaré encontró a Ará-puiré.

—Ven pronto, pronto, tu Ña te espera.

Ará-puiré ágil y ligero, abandona la pira-gua; estrella contra un árbol la boga que pescó, y trepa la barranca.

Bajo una palmera, una mendiga vieja y andrajosa, le tiende los brazos.

—¡Hijo mío, hijo mío, exclama, soy yo, tu madre!

—No, tú no eres mi Ña, yo soy hijo de la luna.

—Eres mi hijo; tuve que dejarte un día envuelto en un manto de oro, y ahora he recorrido a pie, el mundo entero para encontrarte. Ven, mis pies sangran, no puedo dar un paso más, acércate.

Entonces Ará-puiré se enfureció.

—Vieja idiota, mendiga y andrajosa, no sigas diciendo eso, si no quieres que con mis flechas, te vacíe los ojos.

—No hables así, eres mi hijo, ven y dame un beso.

—Antes de besarte a tí, besaría a un sapo o a una víbora.

Diciendo esto, cargó su arco, disparó una flecha y huyó.

Silbando, fué a buscar a los indiecitos de Tacurú-Pucú, para burlarse de la vieja; pero vió con terror, que éstos lo rechazaban, diciéndole que era asqueroso como el sapo y más repugnante que una víbora.

Bajó la barranca; fué al río, y el espejo de las aguas le devolvió la imagen de un ser horrible, con rostro de sapo y cuerpo manchado como el de una víbora.

Desde entonces, se suele ver arrastrándose por la selva misionera un ser que ni es hombre ni es animal; que causa horror a cuantos le miran, por su cara de sapo y su cuerpo de víbora.

Es Ará-puiré, el niño que fué hermoso como el sol y como la luna, que buscará eternamente a su madre, sin encontrarla jamás, por haberla despreciado.

Ará — sol; Puiré — luna. Ará-puiré: el niño hijo del sol y de la luna.

— Tacurú-Pucú — Pueblo de Misiones.

Na — significa "madre" en idioma tupí.

Talarila — pez del río Paraná.

Carpintero — pájaro que taladra la madera.





Los dos hermanos

Cuento.

I

Pues señor, este era un matrimonio que tenía dos hijos: Periquito y Mariquita, pero como eran muy pobres, y no tenían con qué darles que comer, resolvieron perderlos.

La madre no quería, pero el padre insistió; entonces fueron al bosque y los dejaron.

Sin embargo, Periquito que había oído la

conversación, se llenó el bolsillo de garbanzos y fué regándolos por el camino.

Cuando se encontraron solos en el bosque, Mariquita se puso a llorar.

—No llores, que ahora nos iremos a casa.

—Es que nosotros no sabemos el camino.

—Ya verás, como lo encontramos.

Buscaron el reguero de garbanzos; lo hallaron, y volvieron a su casa.

La madre los recibió muy contenta; el padre no. Así fué que a los pocos días volvió a llevarlos al monte para perderlos.

Periquito volvió a enterarse del asunto; se llenó los bolsillos de porotos y los sembró por el camino.

Así cuando llegó la noche, “pián-pián” los hermanos volvieron a su casa.

El padre al verlos llegar de nuevo, se puso furioso.

—Esta vez no volverán — dijo a su mujer — ya verás dónde los llevo.

Periquito oyó; se llenó el bolsillo de higos secos y los fué tirando al borde del camino.

Cuando llegaron a un monte muy espeso, el padre los dejó.

Mariquita se echó a llorar.

—No llores, yo buscaré el camino y nos iremos a casa otra vez.

Periquito se puso a buscar el sendero donde había tirado los higos.

—¿Qué buscas, Periquito?

—Busco los higos, que dejé en camino.

Mariquita redobló su llanto.

—¡Ay, hermano, no encontrarás los higos! Yo venía detrás tuyo y conforme tú los tirabas, yo los alzaba y los comía.

—Pues estamos perdidos, dijo Perico.

II

Caminaron, caminaron, y cuando ya llegaba la noche, distinguieron una lucecita.

Se dirigieron allí y encontraron una casa. La casa estaba abierta y en la cocina, una vieja freía buñuelos.

Como tenían hambre, Mariquita le dijo a su hermano: Periquito, yo quisiera un buñuelo.

Periquito pasó detrás de la vieja y le sacó un buñuelo, y después otro, y otro, y todos los iban comiendo.

La vieja se dió cuenta que desaparecían los buñuelos y gruñó:

—Estos buñuelos son brujos, cuanto más frío menos hay.

Los niños seguían sacando y la vieja no los veía, porque era tuerta precisamente, del ojo por donde estaba Periquito.

Mariquita quiso sacar un buñuelo, pero como era del lado del ojo bueno, la vieja la vió.

—¡Hola! buenas piezas, ¿sois vosotros los que me robábais los buñuelos? ¿De dónde venís?

Los niños contaron su historia y la vieja les dijo:

—Bueno, quedaos conmigo, que no os faltará nada.

Los niños comieron más buñuelos y se acostaron muy felices, en dos camitas blancas.

III

Aquella vieja, era una mala mujer, que se comía a los niños.

Quiso empezar por comerse a Periquito; fué a la camita y lo tanteó, pero lo encontró tan delgado, que dijo para sí:

—No, ahora no, no tienen más que huesos. Los engordaré, y cuando estén más gorditos...

A la mañana siguiente se llevó a Periquito al sótano; lo metió en una tinaja de modo que no pudiera escaparse y todos los días le lle-

vaba de comer cosas muy ricas, para que se pusiera gordo.

Periquito no tenía nada que hacer y se aburría; una vez entró un ratón en la tinaja y Periquito lo guardó para jugar con él.

Al cabo de algunas semanas le dijo la vieja:
—Periquito, saca un dedo por este agujerito.

El niño comprendió la astucia de la vieja, y sacó el rabo del ratoncito.

—¡Bah! Está muy delgado. Lo dejaremos otra semana.

Una tarde bajó el gato con la vieja, olió al ratón y se lo comió.

Cuando terminó la semana, la vieja ordenó a Periquito, que sacara el dedo; como ya no estaba el ratón, el niño no tuvo más remedio que sacar su dedo y la vieja lo encontró a punto.

—Ya estás gordito — le dijo — te sacaré de la tinaja para que vivas conmigo.

IV

Llevó a Periquito arriba y le ordenó que buscara una carga de leña.

Cuando el niño se encontró solo en el monte, se puso a llorar.

En eso, se le apareció un viejito.

—¿Por qué lloras? le preguntó.

El niño le contó todo.

Pues bien, dijo el viejo, esa leña es para asarte en el horno. Cuando el horno esté caliente la vieja te dirá que bailes sobre la pala; tú le dices que no sabes, que lo haga ella para aprender, y cuando la vieja se pare sobre la pala, le das un empujón y luego, con el hurgonero, la golpeas para que no pueda salir, diciendo:

“Aquí San Juan, aquí San Pedro; tú con la pala y yo con el hurgonero”.

Cuando Periquito regresó, todo sucedió como lo dijo el viejo.

La vieja le pidió a Periquito que danzara sobre la pala; el niño dijo que no sabía y le rogó a la vieja que le enseñara.

La vieja subió sobre la pala, y Periquito le dió tal empujón, que la metió de cabeza en el horno.

Entonces agarró el hurgonero y grito: “Aquí San Juan, aquí San Pedro, tú con la pala, yo con el hurgonero”.

Dijo eso y aparecieron dos perros preciosos. Entre tanto el horno enrojeció y enrojeció, hasta que reventó.

Entonces Periquito sacó a Mariquita de la tinaja donde estaba, y los dos hermanos vivieron muy felices con los perros. Cualquiera cosa que deseaban, no tenían más que decir: “Aquí San Juan, aquí San Pedro; tú con la pala, y yo con el hurgonero”.

Los perros desaparecían un momento y volvían en seguida con todo lo que los niños pedían.

Hurgonero — instrumento de hierro para revolver la lumbre.





La Curiyú

Leyenda.

Romelia, la suave niña de ojos castaños y cabellos negros, juega a la puerta del rancho.

La madre, lava ropa en el arroyo cercano, y el padre, hacha leña en el bosque.

Al irse han recomendado a la niña que no se aleje del rancho, ella lo ha prometido, pero ¿quién iba a pensar que pasaría tan cerca, un enjambre de doradas mariposas?

Romelia las persigue y las mariposas, siguiendo el juego, se posan sobre las hojas de los helechos y levantan el vuelo, cuando la niña se acerca.

Romelia corre tras las mariposas y no advierte que la selva se hace más tupida; los árboles más altos, y que las ramas forman una bóveda, en tanto que no muy lejos, se oye el sordo murmullo de la Iberá.

Romelia se asusta. Recuerda de pronto al gigante del Guairá, que con su larga caña tacuara, suele cruzar la selva para ir al río a la pesca del pacú.

—¿Y si encontrara al gigante? seguro, la devoraría.

Romelia echa a correr; sus pies tropiezan en los tallos de las enredaderas y en las raíces de las plantas rastreras.

II

Gruesas gotas de sudor, corren por su frente y mojan sus bucles negros. Sus ojos extraviados creen ver al gigante en cada árbol.

De pronto, siente un contacto frío y húmedo. Lanza un grito desgarrador que repercute en la selva, en tanto que la curiyú le rodea las piernas con su cola. La culebra tira con fuer-

za, tumba a la niña y enroscándose en sus tobillos la arrastra hacia la Iberá.

Cuando llegue a la laguna, la curiyú engullirá a su víctima, dejándole afuera solamente la cabeza.

Romelia recuerda los horrores que oyó contar de la curiyú, que traga a los hombres y a los animales.

Entonces lanza otro grito. La culebra al oírlo precipita su carrera.

La cabecita de Romelia sangra; las espinas le desgarran el rostro y las manos.

El rumor de la Iberá se oye cada vez más cercano.

Ya no faltan más que unos metros. Ya están en la orilla. Ya se ven los yacarés de pecho amarillo, despertar de su siesta. Todo un mundo de víboras, culebras, iguanas y lagartos se agita y se desliza.

De pronto, en el preciso momento en que la curiyú va a internarse en el agua, para devorar a su presa, el padre de Romelia, que oyó su grito desgarrador, asesta un tremendo golpe sobre la cabeza de la curiyú que atontada, desenrosca su cola.

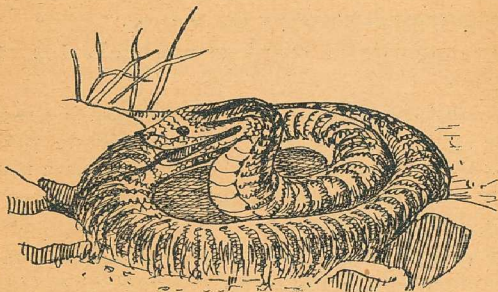
Entonces el padre, rápido como el rayo, carga en brazos a su preciosa hija, y llega jadeante y sudoroso al pobre rancho, alrededor del cual, todavía, revolotean las mariposas.

Pacú — pez del río Paraná, que puede pesar hasta 18 kilos.

Iberá — laguna inexplorada en parte, de la provincia de Corrientes.

Yacaré — especie de cocodrilo que habita en las lagunas y río de Corrientes y el Chaco.

Curiyú — culebra gigantesca.





El Kacuy

(Leyenda santiagueña.)

Habita en la selva santiagueña un pájaro nocturno, cuyo lúgubre canto, estremece el alma.

Cuando la noche está tranquila, el kacuy alza el vuelo y lanza su lamento: ¡turay!... ¡turay!... Y es toda su historia la que dice en su queja.

Cuéntase que hace muchísimo tiempo, un niño y una niña indígenas, habitaban un rancho

en la selva. El era bueno; ella era cruel.

El trataba por todos modos de endulzar la vida de la hermana; ella en cambio, lo mortificaba en todo.

Resentido el hermano ante tanta maldad, abandonaba la choza y vagaba por la Selva, noches y días; pero arrepentido, el buen muchacho, pensaba en la hermana y perdonándola, volvía al rancho trayendo, las algarrobas más gruesas, los mistoles más dulces y las tunas más sabrosas. Otras veces, traía un sábalo que pescaba en el remanso del río, o un quirquincho que atrapaba en la barranca próxima, o dulce miel de lechiguana.

Nadie conocía el monte como el buen hermano. Sabía donde ocultaba el tigre su guarida, y donde escondían las abejas, la rubia miel, de sus panales.

Conseguir estos frutos apetecidos en la selva, costábale trabajo y pequeños dolores; a pesar de ello, la hermana mostrábase indiferente y se gozaba en sus penas.

Cierto día, volvió el hermano fatigado y sediento. Sangrábale una mano, porque al querer bolear a una perdiz, escondida entre unas ma-

tas, se hirió con el cactus espina
llorar al tigre”.

Pidió a la hermana, un poco de ^{que} sido perversa
para beberla, y agua pura para lav ^{qué} convertida
Trajo ella las cosas pedidas, pero
servírselas, derramó en la tierra ^{ento} resuena
miel. ^{aray!...}

El muchacho, lloró en silencio; ^{mardo Rojas.}
día siguiente, la hermana volcara ta
olla donde cocinaba el loco, resolvió

Pasados dos días, invitó a la herma
que juntos fueran a buscar, un abunda
nal que había descubierto.

Llegaron. El árbol donde estaba el pan ^{ie de las}
un abuelo del bosque, alto y fuerte.

Pasó su lazo el muchacho, por una ran
convenció a su perversa hermana, que ella
bía subir al árbol, cubierta con el poncho p
defenderse del enjambre.

Tiró del lazo y la hermana fué ascendiendo
Cuando estuvo en la copa del árbol, la mucha
cha se agarró a una rama; y el hermano cort
el lazo y huyó sin hacer ruido.

Transcurrió un instante. Asustada la niña
por el silencio que la envolvía, habló... Nadie
le respondió. Entonces llena de horror, levan
tó el poncho; las abejas la rodearon, la ensor-

en la selva. El zumbido, y la acribillaron de

El trataba el enjambre revoloteaba a su vida de lamo una nube.

ficaba en poder bajarse del tronco liso y

Resentido en defensa contra las abejas, espío abandonado hermano, para pedirle socorro.

ches y alrededor de ella, sólo estaba el en- cho, pebulento y cruel de las abejas.

gruesa

más s

pesea

cho

dulo

Nó la noche. Helada de espanto; la gar- no apretada y la lengua pegada a la boca y la sed; el cuerpo ensangrentado por los stiones de los insectos, la niña se moría de do y de dolor.

firitaba; los pies pegados al tronco del ár- l se transformaron en garras; la nariz y las ñas se encorvaron; los brazos se cubrieron de plumas. De pronto sintió ansias de volar y convertida en pájaro nocturno se arrancó del árbol y desapareció en las sombras de la noche.

¡Turay!... ¡turay!... resuena su grito en la selva. Es el grito del kacuy, el sollozo de la

niña arrepentida, que por haber sido perversa y cruel con el hermano bueno, fué convertida en ave.

En los bosques natales, su lamento resuena y resonará siempre: ¡Turay!... ¡turay!...

“El País de la Selva” — Ricardo Rojas.

(Adaptado)

Algarroba	}	frutas de la selva.
Mistol		
Tuna		

Quirquincho — animal mamífero de la especie de las mulitas.

Lechiguana — abejas del norte de la República.

Locro — comida hecha con maíz.



INDICE

INDICE

	Pág.
Camoati	7
Ejercicios preparatorios	8
El primer día de clase	13
A. B. C. D.	14
El llorón	15
Mi compañero	16
La escuela	17
Mi hermano	19
El director	20
Silabeando	21
La señorita Alicia	22
Los meses del año	24
Destrabalenguas	25
Una visita	26
El circo	27
Los perros sabios	28
Los monos traviesos	29
El regalo de mamá	31
Enfermo	32
El maestro de Héctor	33
En el bazar	34
Una promesa	36

IV

	Pág.
El zapatero	37
La gallina de tía Emilia.....	38
En la tienda.....	40
La familia de Jorge	41
El otoño	43
¿Qué vergüenza!	45
Mi familia	46
Los maderos de San Juan.....	48
Mis primas	49
Jugando a las visitas	50
El día del cumpleaños	52
El almacén	54
Cristina se porta mal	56
El te	58
Los soldados	60
Aprendiendo a escribir	61
El monito de la cola larga	63
(Continuación)	65
La iluminación	67
25 de Mayo	69
La fiesta en la escuela	70
La bandera	72
Viajero	73
Lo que contó tío Alberto.....	74
El aviador	76
Los gatitos desobedientes	78
Las voces de los animales	80
El viaje de papá	82
La rana y la gallina	84
Cristina escribe una carta	86
El espejo	87
La carta de Héctor	88

	Pág.
Máximas	90
Fábula	91
Mi carta	92
La ballena	94
De regreso	96
El bautismo de la muñeca	97
El picapedrero javanés	99
Las dos facturas	102
Pluchino y Ponciano	104
Separados	106
El distrito federal	109
El arco iris	110
Los pájaros	112
Un accidente	114
El chingolo	116
La playa	117
La humildad y la modestia	119
Los árboles	120
Un examen	122
Manuela la Tucumana	124
Patriotismo	126
Las desventuras de Susana	128
La caja	130
El vestido nuevo	132
"Chun Chun"	134
Los tiempos del tío Blas	137
La primavera	140
Fraternidad	141
La casa de Sara	143
El quintero	145
Alerta y Jop	147
El pescador	149

VI

	<u>Pág.</u>
La Tormenta	150
El Cerro de la Gloria	152
La pelota azul	154
El orgullo	156
Fin de curso	158
Las vacaciones	159
Caperucita	160
Tontina y Tontón	162
La despedida	165
Apéndice.—Los cuentos de la señorita.....	169
La historia de Maugli	171
Ará Puiré	177
Los dos hermanos	182
La curiyú	189
El Kacuy	193



